PQ
6503
A76J8

THE HISPANIC FOUNDATION

Class

Book

GIFT OF
THE HISPANIC SOCIETY
OF AMERICA

742 Asquerino, E., la judia de Toledo ó Alfonso VIII. Drama. Madr. 1842. M. tela. 90 pp.

LA JUDIA DE TOLEDO,

Ó ALFONSO VIII.

DRAMA ORIGINAL EN CUATRO JORNADAS

Y EN VERSO

POR

DON EUSEBIO ASQUERINO.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PQ6503
.A76J8

PERSONAS.	ACTORES.
RAQUEL, *judia*.	*Doña Josefa Valero.*
DOÑA LEONOR.	*Doña Bárbara Lamadrid.*
SAMUEL, *judio*.	*Don Carlos Latorre.*
D. ALFONSO VIII (ENRIQUE.)	*Don Antonio Alverá.*
D. ESTEBAN ILLÁN.	*Don Pedro Lopez.*
EL CONDE DON PEDRO. . .	*Don Francisco Lumbreras.*
D. GUTIERRE.	*Don Antonio Pizarroso.*
D. RODRIGO.	*Don Pedro Eusebi.*
SARA, *judia*.	*Doña Concepcion Sampelayo.*
JACOB. . . . . } *Judios*. .	*Don Carlos Espuntoni.*
ROBOAN. . . . } *Judios*. .	*Don Luis Rada.*
UN ALGUACIL.	*Don Juan Torroba.*
HOMBRE 1.º. . } *del pueblo.*	*Don Juan Carceller.*
HOMBRE 2.º. . } *del pueblo.*	*Don Pedro Sanchez.*
UN CABALLERO.	*Don Miguel Reyes.*
UNA VIEJA.	*Doña Inès Belmonte.*
UN PREGONERO.	*Don José Fernandez.*

CABALLEROS, GUARDIAS, PUEBLO.

Gift
Hist. Soc. of Pacific
Aug. 7, 1937

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

A/G 21012

A MI ESTIMADO AMIGO

DON JUAN BAUTISTA ALONSO,

en muestra de aprecio.

EUSEBIO ASQUERINO.

Jornada primera.

El teatro está dividido perpendicularmente. A la derecha aparece el interior de la casa de Samuel. Dos puertas laterales, y una cortina en el fondo. La puerta de la derecha conduce á las habitaciones interiores; la de la izquierda á la plaza. A este lado se ve la plaza. Es al anochecer.

ESCENA PRIMERA.

GENTES DEL PUEBLO, *alrededor* DEL PREGONERO, *en la plaza.*

Hombre 1.º Aparte á un lado la vieja.
Vieja. Calle el deslenguado.
Hombre 2.º Cara
tiene de bruja.
Vieja. Él de Judas.
Alguacil. Silencio y atrás, canalla,
ó los llevaré á la carcel
si dicen otra palabra.
Vieja. El tal bachiller Machuca
humos de justicia gasta.

(*Silencio general: el pregonero toca la caja y dice en alta voz.*)

"Manda S. A. la reina doña Leonor que en el término de tres dias salgan desterrados de estos reinos todos los judíos, y sus familias."

Unos. Viva el rey!
Otros. Viva la reina!

(*El pueblo se retira.*)

ESCENA II.

HOMBRE PRIMERO, SEGUNDO, *y* EL ALGUACIL.

Alguacil. Al fin de la hebrea raza
se verá libre Castilla.
Hombre 1.° Ya era tiempo.
Hombre 2.° Por qué causa?
Alguacil. Esos perros descreidos,
que nuestra religion santa
insultan, tienen riquezas,
y á los católicos faltan.
Hombre 2.° Tú como alguacil sabrás
si á todos el bando alcanza.
Alguacil. Quién lo duda?
Hombre 2.° (*Distraido.*) Pobre jóven!
Alguacil. Qué dices?
Hombre 2.° En esa casa
vive una muger, un angel
diré mejor, porque tanta
belleza, y donaire tanto
no cabe en persona humana.
Quizá la conocereis,
pues tiene en Toledo fama
por su hermosura. Una hebra...
Hombre 1.° Ya caigo. Raquel se llama,
y habita con un hermano
á quien veneran y acatan
los judíos como él.
Hombre 2.° La misma.
Hombre 1.° He visto su cara,
y me pareció divina.
Alguacil. Pues á pesar de sus gracias,
los tesoros del hebreo
me inspiran mas que la hermana.
Hombre 2.° Siempre avaro! Sacrificas
del interes en las aras
las mas bellas ilusiones
que tiene el hombre.
Alguacil. Te engañas.
Mis ilusiones, amigo,
son siempre las mas doradas.

El oro, el oro alimenta
tanto al cuerpo como al alma.

Hombre 1.° Bien se esplica el bachiller.

Hombre 2.° El Machuca es una alhaja.

Hombre 1.° Tiene el latin en las uñas.

Hombre 2.° Asi las lleva tan largas.

Hombre 1.° Pero á nosotros qué importa
que se quede, ó que se vaya?

Hombre 2.° Ya; pero á ella la importa;
porque os digo en confianza,
que la requiere de amores
un caballero.

Alguacil. Qué farsa
estás moviendo? Pretendes
hacernos creer...

Hombre 2.° Ten calma.
Dije que galan mancebo
á la judía idolatra,
y no he mentido.

Hombre 1.° Es posible?

Alguacil. Vamos, déjate de chanzas.
Parar las mientes pudiera
un noble en cosa tan baja,
mancillando de ese modo
la fidalguía heredada
de sus mayores?

Hombre 1.° El cuento
no deja de tener gracia.

Alguacil. Bien ha urdido la novela.

Hombre 2.° Hablo formal, y me enfada
se tome á broma. Mis ojos
han visto al galan fantasma
cruzar esos callejones,
embozado en larga capa,
abrir la puerta, y quedarse
otro aguardándole.

Hombre 1.° Vaya:
estás de humor esta noche.

Hombre 2.° Cuando os digo que es su dama...

ESCENA III.

LOS MISMOS *y* SAMUEL, *embozado, que cruza la plaza y sin reparar en ellos se dirige á su casa.*

Samuel. Desterrados de Toledo!
A Dios, mi querida patria!
A Dios para siempre! Apenas
lo sepan Raquel y Sara...
Alguacil. Y merece esa judía
que un caballero...
Samuel. (*Deteniéndose.*) Qué habla
esta gente?
Hombre 2.º Al fin la reina
destierra á esa impura raza,
y cesarán las hablillas.
Alguacil. Tienes razon: que se vayan
de Toledo esos judíos,
deshonra de nuestra patria.
Samuel. (*Dirigiéndose al alguacil.*)
Qué escucho! Mientes, infame.
El que la deshonra y mancha
eres tú.
Alguacil. Y quién se atreve...
Samuel. Yo.
Hombre 1.º Un judío!
Hombre 2.º (*Al aguacil.*) A qué aguardas?
Samuel. Sí, un judío que sabe
arrancar lenguas villanas.
Hombre 1.º Qué esperamos? Muera.
Los dos. (*Sacan los tres dagas.*) Muera.
Samuel. No es muy facil: llevais dagas;
pero este puñal... (*Le saca.*)
Alguacil. Ah! perro!
Cara pagarás tu audacia.
Samuel. Veamos.
Alguacil. (*Le acometen, y él se defiende.*)
Todos á él.
Samuel. Eso sí: cobardes almas,
torpe lengua, y torpes hechos.
Tres contra uno se lanzan?
Hombre 1.º Muera.

Samuel. Imbéciles! Asi
respondo á tan ruin canalla.
(*Al tiempo de intentar precipitarse sobre el judío, éste abre la puerta de su casa y la cierra con violencia.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* SAMUEL.

Hombre 1.° Voto á brios que el Iscariote
nos ha burlado.
Hombre 2.° En su casa
se metió.
Alguacil. Viven los cielos
que he de romper á pedradas
la puerta.
Hombre 1.° Bien has pensado.
Hombre 2.° Mejor será la ventana.
Los dos. A ello.
Alguacil. Pardiez que ahora
ha de probar mi venganza.

ESCENA V.

LOS MISMOS *en ademan de arrojar piedras á la casa del judío, y* DON ENRIQUE *embozado.*

Enrique. Eh! deteneos.
Alguacil. Quién va?
Enrique. Un hombre.
Hombre 2.° (*Bajo á los dos.*)
Este es el fantasma
de que os hablé. Qué tal? Miento?
Alguacil. Y qué quiere?
Enrique. Que la plaza
desocupeis al instante.
Hombre 1.° El hombre no ruega, manda.
Enrique. No os vais?
Hombre 1.° Y quién sois vos
para obligarnos...

(*Al hacer ademan de sacar la espada descubre el cuerpo y se le ve armado completamente.*)

Enrique. Mi espada
lo sabrá decir mejor
que la lengua.

Hombre 2.º Hay otra danza? (*Aparte.*)

Alguacil. Aunque seais caballero,
segun indican las trazas,
yo represento tambien
á la justicia, y...

Enrique. Ya basta.
(*Saca la espada y los acomete.*)
Justicia que arroja piedras,
debe llevar cuchilladas.

Hombre 2.º Huyamos, que no es herege
quien tales tajos descarga. (*Huyen.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, *y despues* DON RODRIGO, *tambien armado.*

Enrique. Ya se fueron. Ah! Raquel!
Cuántos tormentos me causas!
Rodrigo, ten prevenidos
los caballos.

Rodrigo. No harán falta.
Cuándo partiremos?

Enrique. Presto.
Antes que despierte el alba,
sin que nuestra ausencia noten
en la villa mas cercana
hemos de hallarnos de vuelta.
Y cuando el judío salga
te vas, y me dejas solo.

Rodrigo. Obedeceré.

Enrique. En la plaza
pueden vernos; mejor es
ir á la calle inmediata.
(*Se retiran.*)

ESCENA VII.

RAQUEL *y* SAMUEL. (*Aquella coloca una bugía encima de una mesa.*)

Raquel. Qué pena, Samuel querido,
nublar pudo la alegría
de tu rostro?
Samuel Hermana mia!
Raquel. Dime lo que ha sucedido.
No me ocultes nada, no;
que al verte entrar agitado
toda mi sangre se ha helado
y el alma se estremeció.
Late el corazon inquieto,
y en su violento latir
temo tal vez descubrir
algun horrible secreto.
Declláramelo por Dios;
pues tu tormento tirano
que ha de mitigarse es llano
partiéndole entre los dos.
Samuel. Pues bien, todo lo sabrás.
Raquel. Lo sabré? Ah! Siempre eres
la causa de mis placeres,
y de mis penas jamas.
Cuánto te debo, Samuel!
Tú me meciste en la cuna
porque la negra fortuna
hizo huérfana á Raquel.
Sin contemplar la sonrisa
de madre tierna, amorosa,
pasó mi niñez cual rosa
á quien no halaga la brisa.
Nacer, y las paternales
caricias ¡ay! no gozar
es de una vez apurar
la honda copa de los males.
Samuel. Cesa por piedad, Raquel.
Has sido tan desgraciada
que no puede borrar nada
ese recuerdo cruel?
Raquel. Perdona si en mi delirio

injusta soy, que tú has hecho
grata mi vida, y del pecho
has endulzado el martirio.
En vano me quejo, en vano,
de la suerte, si en tu amor
me dió el cielo un protector,
un padre y un tierno hermano.
Pero tu amargo pesar
no le merezco saber?
Callas aun?

Samuel. (Qué he hacer,
si no le puedo ocultar?)
No has escuchado el pregon
que acaba con ronco estruendo
de publicarse poniendo
á Toledo en confusion?
No oiste el infame bando
que ahora mismo, en esa plaza,
ha proscrito nuestra raza?

Raquel. Qué dices? Estoy soñando!
Será cierto?

Samuel. Sí, Raquel.
Nos destierran de Toledo,
de nuestra patria.

Raquel. No puedo
creerlo. Dios de Israel!

Samuel. De ese Dios justo es en vano
que invoques el poderío,
pues por serlo del judío
le aborrece el castellano.
Qué crimen horrendo es
el que á mi pueblo destierra?
Ah! que le abortó la tierra
para escupirle despues.
Siempre errante, peregrino,
apenas miró el sol bello,
de escarnio é ignominia el sello
marcó en su frente el destino.
Do quier vejado, do quier
lleva en el rostro el baldon
que roe su corazon
desde que empieza á nacer.

Raquel. (Qué horror! Cuál me atormenta!)
Samuel. En dónde al menos tranquilo
podrá encontrar un asilo
para devorar su afrenta!
Dónde mi pueblo no fuera
juguete de la fortuna,
y una patria y una cuna
dar á sus hijos pudiera!
Toledo! patria adorada,
aunque madrastra cruel
de los hijos de Israel
nunca serás olvidada.
Cuántas veces recordando
Tajo, tus arenas de oro
correrá el amargo lloro
sus megillas abrasando!
Cuántas veces en su mente
retratarán tu rivera,
do se deslizó hechicera
su juventud inocente.
Y mientra en lejanas tierras
ellos publiquen tu gloria,
tú borrarás la memoria
de los hijos que destierras.
Raquel. Qué sombrío porvenir
concibe la fantasía!
Risueña esperanza mia,
naciste para morir.
Y acaso el rey no pudiera
el decreto revocar?
Samuel. No trates de alimentar
ilusion tan lisonjera.
En quién confias, en quién?
El rencor del pueblo crece,
la reina nos aborrece,
y la nobleza tambien.
Alfonso en Carrion está,
y en su ausencia ha encomendado
el gobierno del estado
á su esposa.
Raquel. Y no vendrá?
Samuel. Pero aunque vuelva, has creido

que al destierro se opondria?
La reina lo mandaria
sin mandarlo su marido?

Raquel. No hay esperanza?

Samuel. Ninguna.
Voy á salir, pues me aguarda
Roboan, y Jacob tarda
en venir.

Raquel. (Cruel fortuna!)
Tan tarde te vas, hermano?

Samuel. Sí, querida: tú en el lecho
calmarás del tierno pecho
la agitacion.

Raquel. Será en vano!

(*Samuel se va por la puerta que sale á la plaza, y se le ve alejarse.*)

ESCENA VIII.

RAQUEL y SARA.

Sara. Se marchó tu hermano?

Raquel. Sí, Sara querida.
(Infeliz!)

Sara. Qué tienes?
Estás abatida,
sin color los labios,
mústias las megillas:
qué pesares hondos
á tu alma agitan?

Raquel. Horrible destino
contra mí conspira,
porque hoy de Toledo,
de la patria mia
nos destierran.

Sara. Cielos!
Posible sería
que el pregon que he oido...

Raquel. Sí, él lo publica.
Y Enrique está ausente,
y tal vez olvida
á la pobre hebrea

que por él delira.

Sara. Olvidarte Enrique?
Creerlo podrias?
Si al rey acompaña,
es cosa sencilla
volver á Toledo
sin que él lo permita?
Muy presto de Alfonso
será la venida,
y entonces las penas
se truecan en dichas.

Raquel. Para siempre huyeron
los felices dias
de amor y ventura.

Sara. Raquel, tú deliras.
Sabe que esta noche
cruzaba la esquina
el conde don Pedro.

Raquel. Qué necia manía!

Sara. Tanto le aborreces?

Raquel. Amor no me inspira.

Sara. No hay mas opulento
rico-home en Castilla;
es galan, valiente,
y por tí suspira.

Raquel. Qué importa?

Sara. En Toledo
sus prendas estiman.
Es grande su influjo,
y acaso podria
alzar el destierro.

Raquel. Calla; que me irrita
que tanto le alabes.

Sara. Yo te lo decia
porque Enrique...

Raquel. Entiendo.
Tal vez sin familia,
sin un nombre ilustre,
cifra su hidalguía
en su fuerte brazo...
pues bien, la judía
por su amor un trono

despreciara altiva.

(*Cruza por la plaza el conde don Pedro, y da dos golpes en la puerta de Samuel.*)

Mas qué ruido... llaman?

Sara. Quizá olvidaría
tu hermano la llave.
Voy á abrirle.

Raquel Mira
primero...

Sara. No temas.
(*Sale, y vuelve azorada.*)
Oh Dios! qué desdicha!

Raquel. Qué ocurre?

Sara. No es él.

Raquel. Qué dices?

Sara. Fingía
la voz: es el conde.
(Ya yo lo sabia.)

ESCENA IX.

RAQUEL. SARA. EL CONDE DON PEDRO.

Raquel. Aqui don Pedro? Dios mio!

Pedro. Deponed vano temor,
que vengo á hablaros de amor
y á sentir vuestro desvío,
mas no á mancillar mi honor.
Que os adoro sabeis bien
y me mirais con enojos;
si os rendí el alma en despojos
por qué anublar el desden
los soles de vuestros ojos?
Acaso por desdeñosa
fama quereis alcanzar
sin bastaros la de hermosa?
Mirad que la mas gloriosa
consiste en saber amar.
Pues sus laureles florecen
sin marchitarles los años,
que antes mas con ellos crecen,

y solo al soplo perecen
de crueles desengaños.

Raquel. Muda de asombro quedé
al veros entrar, señor,
y aunque atrevido os juzgué,
una ofensa hecha á mi honor
nunca de vos sospeché.
Ni yo sé qué preguntaros,
ni qué deba responderos,
porque despues de escucharos
ni bien puedo, conde, amaros,
ni bien puedo aborreceros.

Sara. (Que ha de amarle juraría.)

Redro. Recibid el parabien,
que sois discreta á fé mia,
pues en fina cortesía
envuelto dais el desden.

Raquel. Ah! Mi hermano ha de venir:
que partais al punto os ruego.

Pedro. Asi quereis despedir
á quien os adora ciego?
Perdonad... me habeis de oir.
Que partir de vuestro lado
sin haberme declarado
fuera rigor en los dos,
yo por no haberme quejado,
y por no escucharme vos.
No me mireis enojada
porque mi afan os revelo,
que fuera esquivez sobrada
mirar yo siempre eclipsada
la luz de ese hermoso cielo.
Si por amaros, Raquel,
sois conmigo tan cruel,
la culpa no es de mi estrella,
y solo culpad á aquel
que os ha formado tan bella.
En vano soy noche y dia
atalaya de las rejas,
de los umbrales espía,
pues como su marmol fria
oís mis amantes quejas.

Qué hiciera por merecer
una palabra de amor?

Sara. (El alma debe tener
de bronce si su rigor
no se deja al fin vencer.)

Raquel. Muy galan sois á fé mia;
mas ved que no corresponde
al noble estado de un conde
el de una humilde judía.
Nacísteis para brillar
en cortesanos salones,
y en ellos podeis amar,
don Pedro, sin mancillar
vuestros timbres y blasones.

Pedro. Si el pecho solo á vos ama,
por qué sois tan desdeñosa?

Raquel. Ved si fuera vuestra dama
la que por no ajar su fama
no sería vuestra esposa.

Pedro. Qué proferís? Premiad pues
mis amorosas finezas,
y rendiré á vuestros pies
mis honores, mis riquezas...

Raquel. Sois en estremo cortés.
Pero esta infeliz judía
no puede con su amor, conde,
premiar tanta bizarría.

Pedro. La razon no se me esconde.
A otro amais?

Raquel. (Qué diría?)

Pedro. Ya la causa he comprendido
de tan ingrato rigor.
Un rival es preferido,
y yo soy aborrecido...
que tiemble de mi furor.
La vida le arrancaré,
que los desdenes sufrí
mientras celos no sentí;
pero celoso sabré
vengarme.

(*Don Enrique aparece en la plaza, y se dirige á la casa de Samuel.*)

Raquel. Gran Dios!
Sara. Qué oí?
Samuel ha abierto la puerta.
Raquel. Ah!
Sara. Ya llega.
Raquel. Por piedad
ocultaos.
Pedro. Dónde?
Sara. Entrad
conmigo.
Pedro. Bien.
(*Don Pedro y Sara se van por la derecha.*)
Ráquel. Estoy muerta.

ESCENA X.

RAQUEL, *que se sienta, y* DON ENRIQUE.

Enrique. Mi vuelta Raquel ignora.
Mas qué miro! (*Reparando en Raquel.*)
Raquel. (*Levantándose.*) Cielo santo!
Es un sueño?
Enrique. No, mi encanto.
Es tu amante, que te adora.
Mas tú lloras, vida mia,
cuando me vuelves á ver?
Raquel. El llanto que ves correr
es, Enrique, de alegría.
Y no debe darte enojos
que el placer que inunda el pecho,
no cabiendo en él, deshecho
quiera brotar por los ojos.
Pues de verte tan sediento
se hallaba mi corazon,
que me parece ilusion
que aduerme mi pensamiento.
Enrique. Con tan tierno afan, hermosa,
anhelabas mi venida?
Raquel. Si alienta tu amor mi vida,
cómo sin él ser dichosa?
Durante tu ausencia llena
de viva inquietud el alma
perdió la plácida calma

que á tu lado la enagena.
De mis ojos huyó el sueño,
y si alguna vez dormía,
soñaba que te veía
en los brazos de otro dueño.
Y entonces, con desvarío
pavoroso despertando,
encontraba el lecho blando
regado del llanto mio.
Cuántas veces sorprendió
mi afan el alba importuna,
y cuántas noches la luna
mis suspiros escuchó!
Suspiros del alma eran,
y aunque á tí se dirigian,
las auras se los bebian,
y en vano esperé volvieran.

Enrique. Tu amor es mi Dios, Raquel,
y cuando tus ojos miro,
con tal frenesí deliro
que me creo igual á él.
Y asaltando á mi memoria
seductoras ilusiones,
en plácidas sensaciones
sueño un porvenir de gloria.
Pues me muestra su camino
la luz de tus ojos bellos,
y no dudo que son ellos
la estrella de mi destino.

Raquel. Tambien con loca pasion
al mirarte el alma siente;
no es amor, es fuego ardiente
que abrasa mi corazon.
Mas ay! para qué alimento
esperanzas lisonjeras,
si son cual nieblas ligeras
que leve deshace el viento.
Asi ve purpúrea rosa
marchito el rojo boton
al soplo del aquilon
cuando se halla mas hermosa.
Un bando... gran Dios! no puedo

sin estremecerme...

Enrique. Calma
el hondo dolor del alma,
que no saldrás de Toledo.
Al padre del rey prestó
el vuestro algunos tesoros
para hacer guerra á los moros,
y Alfonso no lo olvidó.
A Toledo llegará
mañana, y yo parto ahora
en su busca, pues ignora
mi vuelta.

Raquel. Mañana...! Ah!

Enrique. Sin mas conseguir espero
que se nos muestre propicio,
y en premio de este servicio
tu amor, tu amor solo quiero.

Raquel. No, Enrique; es desvarío
contra el destino luchar;
nos debemos separar,
pues nunca puedes ser mio.
Por qué insensata te amé?
Sublime, puro y ardiente
soñaba un amor mi mente,
y para amar desperté.
Oh! me estremece una idea.
Naciste de noble cuna,
y yo debí á la fortuna
nacer miserable hebrea.
La nobleza de Castilla
al descubrir nuestro amor,
no mirará con horror
á quien su lustre mancilla?

Enrique. No temas. Quién el impío,
quién el osado será
que á nuestro amor se opondrá
mientras lata el pecho mio?
Yo como noble lidié;
cuna ilustre me meció;
Raquel, amándote yo,
si no eres noble, te haré.

Raquel. Entonces que era injuriar,

Enrique, á tu Dios dirian.

Enrique. Si tal dijeran, mentian,
porque él nos enseña á amar.
Y amor tambien es un Dios,
pues reune en este suelo
dos corazones, y á un cielo
eleva juntos los dos.

(*Samuel, Jacob y Roboan se dirigen á la casa de aquel.*)

ESCENA XI.

DICHOS. SARA.

Sara. Tu hermano viene.

Raquel. Qué oigo!

Enrique. A Dios, Raquel.

Sara. Deteneos,
que va á entrar por esa puerta.

Enrique. Pues por la ventana...

Sara. Menos,
que suena gente en la plaza
y os verán.

Enrique. Por aquí...

(*Queriéndose retirar por donde se fué don Pedro.*)

Raquel. (Cielos!
Y el conde... ya le olvidaba.)
Por ahí no.

Sara. Me ocurre un medio.

Raquel. Cuál?

Sara. Detras de esa cortina...

Enrique. Y yo he de ocultarme?

Sara. Presto,
que llega.

Raquel. Por Dios, Enrique.

Enrique. Solo por tí me resuelvo. (*Se oculta.*)

Raquel. (*Bajo.*) Ah! Sara! temblando estoy.
Si le habrá visto don Pedro?

Sara. (*Id.*) No temas, que al pobre conde
le tengo en mi cuarto preso.

Raquel. Pues hazle salir al punto
por la otra escalera.

Sara. Entiendo.

Raquel. Apaga la luz, que yo
voy á quedarme en acecho.

ESCENA XII.

SAMUEL. ROBOAN. JACOB, *con una linterna.*

Samuel. En esta estancia podemos,
sin que nos oiga mi hermana,
determinar si mañana
de Toledo partiremos.
Roboan. No me parece acertado
sin ver á Alfonso.
Jacob. Quizá
es cierto que salió ya
de Carrion.
Roboan. Lo han afirmado.
Samuel. Y aun cuando venga, creeis
se oponga á lo que mandó
la reina?
Jacob. Pienso que no.
Samuel. Amigos, no lo dudeis:
nuestro destierro es seguro.
Roboan. Pero no hay otra esperanza?
Samuel. Solo la de la venganza,
que sabré tomar, lo juro.
Nos destierran! Comprendemos
la causa, y lo que pretenden;
su codicia vil encienden
las riquezas que tenemos.
Con industria y con afanes
adquiridas ellas son
del trabajo el galardon,
y no vuestras, holgazanes.
Ellas servirán tambien
contra la ingrata Castilla,
que altanera nos humilla
con tan infame desden.
Roboan. Sí, venganza.
Samuel. Mis deseos
son los tuyos, Roboan:
presto los nobles verán

cuál se vengan los hebreos.
En el Leonés bizarro
hallaremos proteccion,
si nos la niega Aragon
y el rey don Sancho el Navarro.
Qué importa afecten los tres
no ser de Alfonso enemigos,
si el odiarse, aun siendo amigos,
comun en los reyes es,
y sus antiguos rencores
encienden en un instante?

Enrique. Que por Raquel ahora aguante
á tan necios habladores!

Samuel. Qué es lo que acabo de oir?
Alguno se halla escondido.

Enrique. El labio traidor me ha sido;
no hay mas medio que salir.

ESCENA XIII.

DICHOS. DON ENRIQUE, *embozado el rostro.*

Samuel. Aqui un hombre!

Enrique. Un caballero.

Samuel. Pues que lo seais ó no,
el rostro he de veros yo.

Enrique. Vos lo quereis?

Samuel. Yo lo quiero,
y es un hombre el que os habló.

Enrique. He de salir.

Samuel. No, despues.

Enrique. Deje paso el importuno.

Samuel. Aqui no pone los pies,
sin que yo sepa quién es,
del rey abajo, ninguno.

Roboan. Mataréle, porque asi
no nos descubra.

Jacob. Un espía
debe ser.

Samuel. Dejadme á mí.
Jamas asesino fuí,
ved si ahora lo sería.

Enrique. Nobleza tiene el hebreo.
Samuel. Y como no fué prestada
la guardo, y no está empañada.
Eh! descubríos.
Enrique. No creo
me obligue á sacar la espada.
Samuel. Se atreve aun...
Enrique. Calle ya,
que de mi valor es mengua
que mientras callado está
el acero hable la lengua.
Samuel. Pues vos lo quereis será.
Que en demasía altanero
sois, vive el Dios de Israel,
y no acostumbra Samuel
á sufrir tanto. Qué espero?
descubrámosle.
Jac. y *Rob.* A él.

ESCENA XIV.

LOS JUDIOS *se lanzan sobre* DON ENRIQUE: *éste saca la espada, y* RAQUEL *se interpone entre ellos.*

Raquel. Jacob, Roboan, por Dios!
Detente, hermano.
Samuel. Qué miro!
Raquel... si fueran los dos...
estoy despierto ó deliro?
(*Durante la última escena el alguacil y varios hombres cruzan la plaza y se dirigen á la casa de Samuel.*)

ESCENA XV.

LOS MISMOS, *y* SARA *precipitada.*

Sara. Ah! Samuel!
Samuel. Qué es lo que ocurre?
Sara. Unos hombres encubiertos,
que son sin duda alguaciles,
han entrado en casa.
Raquel. (Cielos!)

Samuel. Cómo se atreven...
Raquel. (*Bajo á Sara.*) Y el conde?
Sara. (*Id.*) Otra vez se encuentra dentro,
que al ir á abrirle la puerta
por la otra escalera, ellos
entraron. Hélos aqui.
Raquel. Dios mio!
Enrique. (*Se retira á un lado.*)
(Embozado observo.)

ESCENA XVI.

DICHOS. EL ALGUACIL *y varios dependientes de justicia.*

Alguacil. (*A los judíos.*)
Daos á prision.
Samuel. Por qué causa?
Alguacil. Aun tienes atrevimiento
de preguntarlo? Estas horas
en qué las ocupais, perros?
Al fin en el conciliábulo
os he cogido, y espero
que las pagueis todas juntas.
Conspiradores tenemos?
(*Reparando en don Enrique.*)
Calla...! y aquel?
Raquel. (Ay! Enrique!
Si por mí le llevan preso...)
Alguacil. (*Acercándose á don Enrique, y tocándole suavemente en el hombro.*)
Hola? Tambien vos aqui?
Cayó el pez en el anzuelo.
Me dísteis de cuchilladas,
y yo he de daros en premio
una recomendacion
para el rey. Nos pagaremos.
Entre judíos, eh? Acaso
conspirador como ellos?
No responde? Muy bien hace.
Vamos, señor caballero,
venid conmigo. Pardiez
descortés fuera en estremo
si os dejara marchar solo

por las calles de Toledo.
(*A los judios.*)
Vosotros tambien vendreis.

Raquel. Gran Dios! Adónde?

Alguacil. Al infierno.

Enrique. (Antes á él irás tú,
si no guardas el secreto.)
Oid.

(*Cogiendo del brazo al alguacil, y llevándole á un estremo de la sala.*)
Aqui no conspira
ninguno.

(*Descubre un poco el rostro sin que los demas lo noten.*)

Alguacil. Ah! señor...!

Enrique. (*Vuelve á cubrirse.*) Silencio.
Lo que esta noche hayais visto,
figuraos que es un sueño
dorado, mientras se duerme,
y despertando muy negro.

(*Al marcharse por medio de los judios, que le miran con sorpresa, tropieza en la puerta que va á la plaza con don Pedro.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS *y* DON PEDRO, *embozado.*

Pedro. He perdido la escalera,
y no sé dónde me encuentro.

Enrique. Quién va?

Pedro. No lo ve?

Enrique. (No es este
el hombre que fuí siguiendo?)

Samuel. Otro embozado en mi casa!

Raquel. (Gran Dios!)

Sara. (Buena la hemos hecho.)

Enrique. (Si le ocultaba Raquel,
averiguarlo pretendo.)

Pedro. (Si es mi rival, oh! su sangre
no ha de bastar á mis celos.)

(*Don Enrique habla con el alguacil aparte.*)

Alguacil. (*A Jacob, Roboan y los alguaciles.*)
Seguidme vosotros.

Samuel. (Quieren
dejarme solo con ellos;
mas para los dos no saben
que á Samuel sobran alientos.)
Retírate. (*A Sara.*)
Sara. (Eso queria.) (*Vase.*)
Raquel. (Soy una estátua de yelo.)

ESCENA XVIII.

DON ENRIQUE. DON PEDRO. SAMUEL. RAQUEL.

Samuel. Vuestro objeto habeis logrado,
encubierto caballero: (*A don Enrique.*)
pues solos hemos quedado,
qué haceis aqui saber quiero.
Enrique. Antes puede preguntar
al otro, que yo despues
respuesta le sabré dar.
Pedro. Responda primero pues.
Raquel. (Qué le dirá?)
Enrique. Eso no:
que si vos, segun infiero,
vinísteis antes que yo,
justo es que hableis el primero.
Pedro. Ved que os empeñais en vano.
Enrique. Lo que le he dicho ha de ser.
Pedro. Os burlais?
Raquel. Dios soberano!
Enrique. Yo he de hacerle responder.
Pedro. (*Con ironia.*)
Vos? estais loco...
Samuel. Sufrir
no puedo mas, vive Dios!
que de aqui no han de salir
sin responderme los dos.
En mi casa habeis entrado
mientra estaba ausente de ella;
la razon he adivinado,
que aunque tengo hermana bella
en su honor mancha no cabe,
que es mi hermana (finjo mal),

luego los dos teneis llave
para robarme el caudal.

Pedro. Judío!

Samuel. Qué he de creer,
cuando hasta el rostro encubrís?

Pedro. (*Se descubre.*)
El mio podéisle ver.

Enrique. (Don Pedro!)

Pedro. No os descubrís?

Enrique. No.

Raquel. Cielos!

Samuel. Es ilusion?
Un conde en mi casa está,
y otro embozado; no son
ciertas mis sospechas ya?
A qué aguardo? Caballeros,
aunque nacido lo hayais,
y espuelas lleveis, y aceros,
cual villanos os portais.
No contentos todavía
con haberme desterrado,
mas hondo en el alma mia
habeis el puñal clavado.
No siendo esto suficiente
á apagar vuestro rencor,
quereis grabar en mi frente
la mancha del deshonor?
Que no venís á buscar,
cual antes os dije, el oro,
que venís á profanar
el ídolo que yo adoro.
Oh! sois infames de suerte,
que sabiendo es mi ilusion
Raquel, para darme muerte
me herís en el corazon.
Mas tan negra villanía
castigaré: defendeos.
(*Sacando la daga.*)

Raquel. (*Deteniéndole.*)
Por piedad!

Pedro. La espada mia
nunca esgrimí contra hebreos.

Samuel. Quién es mas noble, señor,
ya que de ello blasonais,
yo que defiendo mi honor,
ó vos que el vuestro infamais?
Ved que os honro, castellanos,
con vos midiendo mi acero,
porque aqui sois los villanos,
y yo soy el caballero.

Enrique. No me está bien castigar
á quien se juzga ofendido,
cuando acabo de tocar
un desengaño.

Raquel. (Qué he oido?
De mi fé sospecha ahora.)
Todo lo he de descubrir.
Enrique.

Enrique. Aparta, traidora.

Raquel. Qué te atreves á decir?
No soy la culpada yo.

Enrique. Si él en tu casa se esconde...

Raquel. Sara la puerta le abrió;
que diga si le amo el conde.

Pedro. Qué escucho!

Enrique. Raquel amada!

Raquel. Le adoro, hermano: perdon!

Samuel. Ah! Qué has hecho, desgraciada?

Pedro. Le arrancaré el corazon.
Seguidme.

Enrique. Como querais.

Raquel. Qué he de hacer? Van á reñir.

(*Don Enrique logra desasirse de Raquel, y sigue á don Pedro.*)

Pedro. Partamos pues.

Raquel. No vayais.

Samuel. Oh! Yo los he de seguir;
y al que venciere despues
sabrá castigar mi brio.

Raquel. (*Samuel sale precipitado detras.*)
Detente, hermano. Dios mio!
Quién morirá de los tres! (*Cae en un sillon.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

Jornada segunda.

Alcázar de Toledo. Cámara adornada con muebles de la época.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. DON GUTIERRE.

Gutierre. Aun no me habeis revelado
la causa de la pendencia
que tuvísteis la otra noche.
Pedro. Perdonadme la reserva
que guardo con vos, Gutierre.
Gutierre. Si el secreto os interesa
importunaros no debo.
Mas no supísteis quién era
vuestro competidor, conde?
Pedro. Fué vana mi diligencia;
siempre tuvo recatado
el rostro, y en la pelea
no le pude descubrir:
quizá logrado lo hubiera,
pero como vos llegásteis
cesó el combate.
Gutierre. Fué buena
casualidad: sabed, conde,
que tengo algunas sospechas
de que fuese...
Pedro. Quién! decid.
Gutierre. Oh! Si no mienten las señas
en Toledo se encontraba
don Lope la noche aquella:

preguntad á don Rodrigo,
que llegó con él.

Pedro. (Si fuera
mi rival... yo lo sabré.)

Gutierre. Y aquel judío, qué ofensa
pudo recibir de ambos?
Si la justicia no llega
vive el cielo que el hebreo
hubiera armado una buena,
y aunque quisieron prenderle
os opusísteis...

Pedro. Dió muestras
de valor, y á los valientes
merece se los defienda.
(*Mirando adentro.*)
Pero el rey se ha levantado.

Gutierre. Descansar no pudo apenas.
Ayer vino de Carrion,
y no ignorais que se acuesta
bien tarde: mucho del reino
á los negocios se entrega.

ESCENA II.

DICHOS. DON ESTEBAN. ILLÁN.

Illán. Salud, nobles caballeros.
Habeis visto á sus altezas?

Pedro. En su cámara no entramos.
Traéisles alguna nueva?

Illán. No, don Pedro, nada ocurre;
pero como hoy se celebran
las glorias de don Alfonso
con gran regocijo y fiesta,
para acompañarle al templo
con doña Leonor la reina
he venido solamente,
que asi lo exige y ordena
mi deber.

Gutierre. Gobernador
sois de Toledo, y es fuerza
que cumplais con vuestro cargo.

Y la funcion cuándo empieza?

Illán. Presto será, don Gutierre,
pues al pasar por la iglesia
la he visto llena del pueblo
que á sus monarcas espera
rebosando de alborozo.

Pedro. Será la funcion soberbia.

Illán. Oh! no lo dudo: vereis
los balcones y las rejas
coronadas de hermosuras
que ricas galas ostentan,
al sol robando sus rayos,
y el alma á quien las contempla.
Las pintadas colgaduras
de oro, de plata y de seda,
que á los celages del sol
tan brillantes reverberan,
que vierten un mar de rayos
iluminando la esfera.
Vereis la flor de Castilla
con las moriscas banderas,
testigos de su deshonra,
como de la gloria nuestra,
cuyos vistosos colores,
si á merced del viento ondean,
pensil de flores parecen
que girando el aire pueblan.
Y si al templo os trasportais,
con agradable sorpresa
oireis tambien, caballeros,
la armonía lisonjera
con que al trono del Querube
himnos de gloria se elevan.
Oh! de agradar á sus reyes
siempre desvelada, atenta
á su servicio, Toledo,
la noble ciudad se precia.

Pedro. Teneis razon; lo pregona
la fama asi.

Gutierre. Mientra empieza
la funcion, á don Alfonso
pretendo ver.

Illán. Yo á la reina.
Gutierre. No me acompañais, don Pedro?
Pedro. Como gusteis.
Gutierre. Don Esteban,
hasta despues.
Illán. Dios os guarde:
nos veremos en la iglesia.

ESCENA III.

SAMUEL.

En palacio estoy; veré
si consigo al rey hablar;
nunca Alfonso injusto fué,
y si me llega á escuchar
á mi pueblo salvaré.

ESCENA IV.

SAMUEL. DON RODRIGO, *con un pergamino rollado en la mano.*

Rodrigo. Si este perdon á Raquel
entregárselo pudiera
sin que su hermano supiera...
(*Viendo á Samuel.*)
Un judío... será él?
Voy á acercarme, y asi
descubriré su intencion.
Qué busca en este salon?
Samuel. Sois vos de la corte?
Rodrigo. Sí.
Samuel. A su alteza hablar deseo.
Rodrigo. Al rey?
Samuel. Al rey.
Rodrigo. (Qué querrá?)
Su alteza ocupado está,
y que lo logreis no creo.
Samuel. Al templo tiene que ir,
y hablarle al paso podré.
Rodrigo. Tardará.

Samuel. Me esperaré.
Rodrigo. (Él es, y debo impedir
que le vea.) Será en vano,
que hoy no puede dar audiencia.
Samuel. (Parece que mi presencia
importuna al castellano.)
Para escuchar al vasallo
siempre el rey dispuesto está.
Rodrigo. (Pues el hombre no se va...
y qué medio... no le hallo.
Solo dándole el papel
se puede lograr mi objeto;
sabe parte del secreto,
que sepa otra parte de él.)
Samuel. (Me observa el hidalgo mucho.
Qué sospecha! Si será...
(*Mirándole atentamente.*)
Mas no.)
Rodrigo. Conoceis quizá
á un tal Benjamin?
Samuel. (Qué escucho!)
Su nombre?
Rodrigo. (*Mostrándole el pergamino.*)
Miradle aqui.
Samuel se llama.
Samuel. Qué veo!
Rodrigo. Sabeis quién es ese hebreo?
Samuel. Sí, pardiez. Yo soy.
Rodrigo. Vos?
Samuel. Sí.
Rodrigo. Llegásteis esta mañana
en oportuna ocasion.
Samuel. Y bien?
Rodrigo. (*Le da un pergamino.*)
Tomad el perdon
de vos y de vuestra hermana.
Os hace el rey tal merced,
porque alguien, segun indicios,
le recordó los servicios
de vuestro padre. Leed.
Samuel. (Conviene disimular.) (*Lee.*)
Teneis razon: á su alteza

agradezco la fineza,
y nunca la he de olvidar.
Decís que el rey no puede hoy
oirme?

Rodrigo. Si habeis logrado
no salir ya desterrado,
con qué intento...

Samuel. Ah! sí: me voy;
(porque avisar á Raquel
y volver con ella anhelo.)

Rodrigo. Hebreo, guárdeos el cielo.

Samuel. Y á vos el Dios de Israel.

ESCENA V.

DON RODRIGO.

Maldito judío! Al fin
conseguí lo que queria.
Altanero es á fé mia
el tal Samuel Benjamin.

ESCENA VI.

DON RODRIGO. DON PEDRO.

Pedro. No se engañó don Gutierre.
Aqui don Rodrigo se halla,
y el hermano de Raquel
hablando con él estaba.
Salud, noble don Rodrigo.

Rodrigo. Vos aqui, conde?

Pedro. Os estraña?

Rodrigo. No, pardiez; mas encontraros
en la iglesia imaginaba.

Pedro. Aun no ha empezado la fiesta,
y pues mi fortuna alcanza
que los dos solos estemos,
que respondais deseara
á una pregunta.

Rodrigo. (Comprendo
su intencion: no sabrá nada.)

Decid, conde.

Pedro. Conoceis
á ese judío que acaba
de separarse de vos?

Rodrigo. Solo esta vez vi su cara;
mas no puedo adivinar
con qué intento...

Pedro. Tened calma,
y os lo diré. Segun eso,
tampoco á su linda hermana
conocereis, don Rodrigo?

Rodrigo. Ignoro quién es la dama
de que me hablais.

Pedro. Es posible?
Cómo don Lope de Vargas,
vuestro amigo, os ha ocultado
el nombre de la que ama?

Rodrigo. Don Lope de una judía
enamorado?

Pedro. No falta
quien le ha visto, apenas tiende
su manto la noche opaca,
ser espía de las rejas
de Raquel, que asi se llama,
y no falta quien afirma
que algun otro le acompaña,
y en tanto que con la hebrea
en tierna amorosa plática
don Lope las dulces horas
mira deslizarse rápidas,
el otro queda en la calle
para avisar la llegada
del hermano; mas no siempre
muestra diligencia tanta
que no sorprenda el judío
dentro de su misma casa
al que su nombre ocultando
de amor requiere á su hermana.

Rodrigo. Enterado estais por cierto
de una historia asaz estraña,
mas quizá os equivoqueis,
y el que suponen ser Vargas

sea otro galan.

Pedro. Qué escucho!
Luego vos sabeis...

Rodrigo. Yo... nada.

Pedro. Niega en vano vuestra lengua
lo que en la faz se retrata.
Esa sonrisa revela
que la verdad me disfraza.

Rodrigo. Señor conde!

Pedro. Quiero hablaros
sin rodeos.

Rodrigo. (Él declara
su amor. Oigamos.)

Pedro. A vos
os vieron noches pasadas
cuando lejos de Toledo
el rey don Alfonso estaba,
cruzar de Raquel la calle
espiando sus ventanas,
y negarlo no querais,
que aunque el rostro recatábais
os conocieron.

Rodrigo. Y acaso
lo intento negar?

Pedro. Oh! rabia!
Luego por vos, don Rodrigo,
me ha desdeñado la ingrata!
Luego sois vos quien osado
lidió conmigo en la plaza,
y el amor de esa judía
me roba?

Illán. (*Saliendo.*) Qué oigo! (*Se detiene.*)

Pedro. Reclama
tan grande ofensa un castigo;
salgamos pues de este alcázar,
y castigará el acero
de mis celos la venganza.

ESCENA VII.

Al salir DON PEDRO *y* DON RODRIGO *los detiene* ILLÁN.

Illán. Caballeros, deteneos.

Rodrigo. Don Esteban!
Illán. Ibais vos
á lidiar con don Rodrigo
por una hebrea...? qué horror!
Dos ilustres caballeros,
juquetes de una pasion
vergonzosa, han pretendido
á su bárbaro rencor
sacrificar una vida
que es de su patria...? Oh! baldon!
Caber pudo en nobles pechos
tan ruin venganza...!
Rodrigo. Señor,
al conde yo no retaba,
él fué quien me provocó
á un duelo... ved si pudiera
un noble empañar su honor...
Illán. Entiendo: habéisle admitido
porque caballero sois.
Mas á vos, conde, qué obliga
á tan criminal accion?
Pedro. Pues oisteis, don Esteban,
lo que hablabamos los dos,
es inútil que os esplique
los motivos...
Illán. Los sé yo.
Celoso, don Pedro, estais;
y por ventura es razon
que á tan nobles caballeros
una hebrea inspire amor?
Pedro. Pardiez, que me ha sorprendido
que tal lenguaje useis vos.
Sin duda el buen don Esteban
su juventud olvidó,
cuando tambien á una hebrea
con tan violenta pasion
amaba, que atropellando
su deber, muerte la dió
de su esposo la venganza.
Illán. Qué oigo! Callad por Dios.
Bastante tiempo, don Pedro,
desgarra mi corazon

de mis juveniles años
ese recuerdo traidor;
bastante tiempo á mi alma
la memoria emponzoñó
de una muger que adoraba
con tan criminal ardor,
que la justicia del cielo
airado le castigó;
y pues sabeis esa historia
que fué fatal á mi honor,
estinguid en vuestro pecho
la llama que le abrasó,
antes que el tormento horrible
que yo sufrí, sufrais vos.

Pedro. Os agradezco el consejo;
mas no he de seguirle yo,
porque olvidar á la hermosa
que es mi mágica ilusion
es tan difícil empresa,
como pretender del sol
apagar el rayo ardiente
que vivifica á la flor.
Ameme ella, y entonces
vereis si tan necio soy
que desdeñe por humilde
á la que bella nació:
sus timbres son los encantos
de su rostro seductor;
pues si heredados blasones
suerte avara la negó,
si nos separa la cuna
nos reunirá el amor.

Illán. Desgraciado! Ese delirio
que turba vuestra razon
os ha de ser muy funesto.
Pero doña Leonor
se dirige hácia este sitio.

Rodrigo. Quedad con su alteza vos.

Illán. Pero no ireis á ese duelo,
ó de lo contrario...

Pedro. Os doy
mi palabra de que ahora

parto al templo del Señor.
(Despues...) (*Bajo á don Rodrigo.*)

Rodrigo. (Entiendo.) (*Id.*) (Qué necio!
Su rival juzga que soy.)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. ILLÁN.

Illán. Si no temiera, señora,
que os enoje mi franqueza
preguntara á vuestra alteza
qué pesar la aflige ahora.
Pues si el alma goza un bien
pinta el rostro sus señales,
y la huella de los males
dibuja el rostro tambien.
En el vuestro inquieto afan
ver retratado creí;
perdonad si me atreví...

Leonor. Perdonaros? De qué, Illán?
Me habeis acaso ofendido?
Mostráisme en ello querer,
y lo debo agradecer,
porque sé que no es fingido.
Siempre fuísteis el espejo
de lealtad acendrada,
y bien sabeis que me agrada
me asistais en el consejo.

Illán. Favorecido y honrado,
tanto mi fortuna alcanza
que de vuestra confianza
habéisme digno juzgado.
Esta es mi gloria mayor,
bella ilusion del deseo
que ya realizada veo
con placer encantador.

Leonor. No tendreis queja de mí;
y pues lo estimais en tanto,
aunque es ligero el quebranto
os diré lo que sentí.
Desque á Toledo mi esposo
ha vuelto, mi pena crece;

pues le miro y me parece
que está inquieto y afanoso.
Que le adoro sabeis bien,
y si padece algun daño,
mi corazon no es estraño
que le padezca tambien.
Ayer en el rostro vi
de su inquietud muestra clara;
pues oculta le observara
sin que él me observase á mí.
Y aunque al preguntarle luego
de su pesar la ocasion
me dijo ser ilusion
que forjó el capricho ciego,
convencida no quedé.

Illán. Desechad vano recelo:
el origen del desvelo
de su alteza yo le sé.
En las córtes de Carrion
por ver al moro humillado,
de asentar paz ha tratado
con Navarra y Aragon.
Y como su alteza ignora
cuál recibida será
su embajada, inquieto está
hasta saberlo, señora.
De su boca escuché enantes
lo que de la mia oís.

Leonor. Las razones que decís
son á inquietarle bastantes.
Mi duda habeis destruido,
y en el alma os lo agradezco,

Illán. Señora... no lo merezco;
os dije lo que he oido.

Leonor. Mudemos conversacion:
Sabeis qué efecto ha causado
lo que mandé?

Illán. Entusiasmado
oyó Toledo el pregon.
Aborrece á los hebreos,
y su destierro debia
inspirar mucha alegría.

Leonor. Llevé á cabo sus deseos.
Ahora no han de temer
mis leales toledanos
que cual en tiempos lejanos
la ciudad quieran vender.
Infame fué su traicion!
Coligarse con los moros
para robar los tesoros
de su patria... qué baldon!
Mañana deben salir
de Toledo.

Illán. Miserables!
Sin ser ellos los culpables
el castigo han de sufrir.

Leonor. Vamos al templo, que ya
debió empezar la funcion.

Illán. Lo olvidé, teneis razon.
Y el rey?

Leonor. Aguardando está.

ESCENA IX.

RAQUEL. SAMUEL.

Raquel. Adónde me conduces?

Samuel. De Toledo
en el alcázar regio nos hallamos:
al ver el lujo y fausto magestuoso,
tanto esplendor y tan brillantes galas,
los tapices y alfombras de colores
que adornan esas salas
y hermosas galerías,
por ventura, Raquel, no conocias
que pisabas de un grande de la tierra
la soberbia morada? Este el palacio
de Alfonso octavo es, altivo alcázar
que á mirar no se atreve
el mortal, asombrado
del coloso que él mismo ha levantado.

Raquel. Quieres hablar al rey?

Samuel. Ese es mi objeto.
El pueblo de Israel en mí confia,

y encargado por él de ver á Alfonso,
le vengo á suplicar que en este dia
de regocijo y fiesta, del hebreo
calme la honda inquietud y enjugue el llanto.
Tú á la reina verás; tal vez tus ruegos
su pecho ablanden, y mi hermana sea
el angel de mi pueblo en su quebranto.

Raquel. Si de Raquel las lágrimas pudieran
borrar las huellas de su pena amarga,
ah! con cuánto placer las vertería!

Samuel. Infelices! hoy mismo el castellano
nuestro dolor insulta, hoy en el templo
solemnizando ufano
de su rey don Alfonso las victorias,
nos recuerda que errantes por el mundo,
sin componer nacion, de agenas glorias
mudos admiradores, no podemos
las nuestras admirar... no las tenemos!
Hoy todos gozan, el pechero, el noble,
el rico home esforzado de Castilla,
todos sonrien con orgullo altivo,
y solo el pueblo de Israel se humilla.
Él solo llora, y sus dolientes quejas
demandando piedad exhala en vano,
la pública algazara las sofoca;
y si un gemido en su dolor profundo
se escapa de su boca,
y súbito el oido
del castellano hiere, su alegría
le parece quizá dulce sonido
que de la aérea mansion su Dios le envía.

Raquel. Injusto eres, Samuel; tal vez alguno
de esos nobles lamenta nuestras penas,
y aliviarlas pretende.

Samuel. Alguno dices...?
Por qué, ingrata Raquel, por qué envenenas
con los recuerdos de tu amor funesto
los dias de un hermano que te adora?

Raquel. Perdon! perdon! Samuel.

Samuel. Tanto le amas!
Te sedujo ese brillo cortesano;
sus galas y sus ricos atavíos,

y en tu delirio insano
el descender de míseros judíos
te diera horror quizá...

Raquel. Por piedad! cesa...

Samuel. No te culpo, Raquel. Ah! pobre niña!
Sueñas un mundo como tú inocente,
risueño, encantador, y no concibe
el negro dolo y la maldad tu mente.
Asi el tierno capullo á quien arrulla
la blanda brisa en el Abril florido
del invierno no siente los rigores
hasta que al soplo de Aquilon sañudo
se deshacen sus hojas de colores.
No concibes que el labio miente osado
tal vez al pronunciar un "yo te adoro,"
y que debajo de un vestido de oro
pueda latir un corazon malvado.

Raquel. Malvado Enrique? Ah! no, no lo creas;
su alma cual la tuya generosa
desconoce el disfraz. Samuel, perdona
el haberte ocultado este secreto.
Le amo, á qué negarlo? Cuántas veces
fueron de nuestro amor mudos testigos
rojo clável y cándida azucena,
y cuántas escuchaba
que dulces juramentos repetía
el cristal que en la fuente murmuraba,
y el aura que en las flores se mecía.

Samuel. Desgraciada! No sabes el estrago
que causa una pasion en tiernas almas.
Cual aspid que en el seno
de la rosa abrigado, apenas bebe
el dulce nectar vierte su veneno
en las hojas de púrpura y de nieve,
asi el amor del noble se alimenta,
del soberbio magnate. Qué le importa
de amante corazon el holocausto?
Qué es el amor para quien solo sueña
en su grandeza y fausto?
Pero no temas; tienes todavía
un hermano que sabe defenderte
de traidora asechanza,

y á quien tu honor ofenda, con la muerte
castigará terrible mi venganza.

ESCENA X.

LOS MISMOS. DON PEDRO.

Pedro. No pude permanecer
en el templo; inquieto estoy:
y no he de conseguir hoy
á Raquel hermosa ver?
Pero, qué miro...! no es ella?
Y su hermano me vió ya.
Samuel. No es aquel don Pedro?
Raquel. (Ah!
Siempre fatal es mi estrella.)
Samuel. Caballero, todavía
con atrevimiento loco,
teniendo mi furia en poco
seguís á la hermana mia?
Ni aun aqui mismo de vos
libre ha de verse?
Pedro. Qué oí!
Samuel. Pensais burlaros de mí?
Pues no lo hareis, vive Dios!
Porque si en la noche aquella
no os dió castigo mi saña,
fué porque tuvísteis maña
para libertaros de ella.
Pedro. Judío!
Samuel. Lo dicho, sí.
Temiendo lidiar conmigo
hicísteis que vuestro amigo
se os apareciera alli.
De valor haceis alarde
con altiva presuncion;
pero en aquella ocasion
obrásteis como un cobarde.
Pedro. A mí cobarde!
Raquel. (Dios mio!)
Samuel. No acaricieis el acero,

pues tan noble caballero
despreciar debe á un judío.
Pero el judío, señor,
venganza sabe tomar
de quien intenta empañar
el espejo de su honor.
Y pues reñir no quereis
despues de haberme ultrajado,
y en vano os he provocado,
mi venganza probareis.

Pedro. Desprecio solo me inspira
ese lenguaje atrevido,
que quien humilde ha nacido
no puede encender mi ira.
Que si igual fuérais á mí
no sufriera tanta mengua,
y os arrancara la lengua
que se atreve á hablar asi.
Pero salid al momento
antes que doña Leonor
vuelva á palacio.

Samuel. Señor,
al rey aguardar intento.

Pedro. Pretendes acaso...

Samuel. Ahora
lo vereis.

Raquel. Viene su alteza
seguida de la nobleza.

Pedro. (Oh! Yo sabré á quién adora.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS. DOÑA LEONOR. DON RODRIGO. DON GUTIERRE. CABALLEROS *y* GUARDIAS. SAMUEL *y su hermana se retiran á un lado.* DON PEDRO *se reune con los nobles observando los movimientos de* RAQUEL.

Gutierre. Os agradó la funcion?

Leonor. Gutierre, escelente ha sido;
lucirse el clero ha sabido,
que la celeste mansion
el templo me ha parecido.

Brillaba cual ascua de oro,
y al entrar en él creía
que á los ángeles oía,
porque tan sublime coro
enagenó al alma mia.
Al rey tanto ha complacido
que el parabien dando está
al arzobispo.

(*Mirando atentamente á ambos y á Raquel.*)

Pedro. (Será
don Lope el favorecido,
ó don Rodrigo quizá?)

Samuel. Señora... (*Acercándose.*)

Leonor. Quién se halla aqui?

Samuel. A vuestros pies un hebreo...

Var. cab. Un judío!

Raquel. (Ay de mí!)

Leonor. Qué quieres?

Samuel. Solo deseo
que oiga vuestra alteza...

Leonor. Di.
Pero la jóven aquella
viene contigo?

Samuel. Es mi hermana.

Raquel. Señora... (*Postrándose á sus pies.*)

Rodrigo. (*A los caballeros.*)
Por cierto donosa y bella
judía.

Raquel. (Suerte tirana!)

Leonor. Levanta. Di tu querella. (*A Samuel.*)

Samuel. Por el pueblo de Israel,
al que mandó desterrar
vuestra alteza, á suplicar
vengo mensagero fiel
seais su angel tutelar.
En vuestra alteza confia
el hebreo desgraciado,
y á vos, señora, me envía,
para que el decreto dado
revoqueis en este dia.
Todo en Toledo placer
hoy respira, todo encanto;

y él tan solo debe ser
condenado á padecer
cuando todos gozan tanto?
Ah! señora! Es imposible
que no os mueva á compasion
su mísera situacion:
sois generosa, sensible:
nos negareis el perdon?
La amarga pena calmad
que á un pueblo infeliz agita,
su triste llanto enjugad,
y oireis al israelita
bendecir tanta bondad.

Cab. 2.º (*A los otros.*) Atreverse aun...

Cab. 1.º (*Idem.*) Si fuera
yo doña Leonor, á fé
que castigarle supiera.

Leonor. Judío, lo que mandé
se ha de cumplir.

Samuel. (Qué altanera!)

Raquel. (Gran Dios! Ya no hay esperanza!)

Cab. 1.º (*A los otros.*)
Buena respuesta!

Cab. 2.º (*Idem.*) Escelente.

Cab. 3.º (*Idem.*) Cual la merece esa gente.

Samuel. (*A Raquel.*)
(Ya que el ruego no lo alcanza,
he de decir...)

Raquel. (*A Samuel.*) (Sé prudente.)

Samuel. A pedir perdon no vengo
para mí, señora, nó;
es para mi pueblo... yo
de don Alfonso le tengo,
(*La entrega el pergamino.*)
miradle aqui.

Raquel. (Le mostró...)

Leonor. La firma y sello del rey
son, don Gutierre.
(*Mirándole, y devolviéndoselo.*)

Gutierre. Es verdad.
(*A los caballeros.*)
Les concede libertad

su alteza hollando la ley.

Cab. 1.° A un judío!

Cab. 2.° (Qué impiedad!)

Samuel. No murmureis, que tambien
de Toledo, castellanos,
salir queremos; no es bien
que las palomas esten
al lado de los milanos.

Leonor. Deten el labio, judío.

Samuel. Aunque lo soy, yo jamas
intenté robar impío
su honor á nadie, y quizás
algun cristiano... (*Con intencion.*)

Raquel. (Dios mio!)

Samuel. Algun noble de Castilla
cubierto de galas y oro
su ilustre cuna mancilla
yendo á casa del que humilla
á robarle su tesoro.
Pensando aleve y traidor
para lograr su deseo
á la sombra del favor
poder manchar el honor
de la hermana del hebreo.
Mas no lo consigue, no;
que si este perdon, testigo
de su plan, el rey le dió,
sin duda por ser su amigo,
haréle pedazos yo. (*Le rasga.*)

Pedro. (Insensato!)

Leonor. En mi presencia
te atreviste...

Raquel. (Qué imprudencia!)

Leonor. Guardias, prendedle.
(*Los guardias obedecen.*)

Raquel. Piedad,
señora...
(*Arrojándose á los pies de la reina.*)

Leonor. No... apartad,
castigaré su insolencia.

Samuel. Raquel mia! (*Los guardias le conducen.*)

Raquel. Santo cielo

(*Levantándose y dirigiéndose á los guardias.*)
No os le lleveis. Ah! señora! (*A la reina.*)
me dejais en este suelo
sin amparo, sin consuelo;
quién me protegerá ahora?
Perdon! perdon! No inhumanos
(*Primero á la reina: luego á los guardias.*)
de su lado me arranqueis.

Leonor. Llevadle ya.

Raquel. No os doleis
de mi pesar? Castellanos,
(*A la reina y á los nobles.*)
tampoco me protegeis?

Samuel. No intentes, Raquel amada,
moverlos á compasion,
que es marmol su corazon,
y por no deberles nada
prefiero ir á la prision.

ESCENA XII.

DICHOS. UN UGIER. DON ALFONSO.

Ugier. (*Anunciando.*) Su alteza!

Raquel. El rey. Oh! quizá
mas compasivo será.
Gran señor, á vuestros pies...
(*Se arroja á sus plantas sin reparar en él.*)

Alfonso. Dios mio!

Raquel. (*Levanta los ojos, reconoce al rey, y lanza un grito cayendo desmayada.*)
Es Enrique? Ah!

Sam. y *Leo.* Qué oigo!

Pedro. Mi rival es!

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.

Jornada tercera.

Alcázar de Toledo. Cámara corta.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. DON GUTIERRE. ILLÁN. VARIOS CABALLEROS.

Rodrigo. (*A Illán.*)
A don Gutierre decid
lo que intenta el moro osado,
pues yo la nueva le he dado,
y duda aun.
Illán. En la lid
quedará desengañado.
Gutierre. Hallarme en ella es mi afan.
Illán. Valiente sois.
Gutierre. Es favor,
mas lo que falte al valor
tened entendido, Illán,
que lo suplirá el honor.
Illán. Nunca dudé que un hidalgo
le tuviera en demasía.
Oh! injuriarle sería...
Gutierre. Y yo, aunque poco valgo,
la injuria no sufriría.
Rodrigo. En fin, el moro á Castilla
se atreve á insultar? Pardiez
que ha de abatir su altivez,
pues fuera negra mancilla
que nos venciese esta vez.
Cuando á Navarra y Leon

de nuestra parte tenemos,
y nos prestan proteccion,
caballeros, qué tememos?

Gutierre. Siempre duda el corazon.
Mucho don Rodrigo fia
en su amistad: mejor fuera
que un rey Castilla tuviera.

Rodrigo. Le tiene.

Gutierre. Lo fué algun dia,
mas no es hoy lo que ayer era.

Illán. El rey don Alfonso octavo
en cien combates probó
su valor.

Gutierre. El rey fué bravo,
y á sus contrarios venció
cuando era rey, y no esclavo.

Illán. Mirad cómo hablais.

Gutierre. Nací
lejos de la corte, amigo,
y el lenguaje no aprendí
de la ficcion.

Rodrigo. (*Con ironía.*) Yo creí
otra cosa.

Gutierre. (*Furioso.*) Don Rodrigo!

Illán. Nadie vulnere su fama,
que ama á sus pueblos el rey.

Gutierre. El rey que á sus pueblos ama
no es esclavo de su dama,
es eslavo de la ley.

Illán. Os atreveis á faltar
al respeto de su alteza?

Gutierre. No os querais alucinar:
él mancilla su grandeza,
y yo la sé respetar.
El rey es cual sol que brilla
tan puro en la azul campaña,
que cualquier nube le empaña.
Don Alfonso de Castilla
un tiempo fué sol de España.
Pero su esplendor brillante
tan fugaz despareció
que ni una huella dejó

de lo que fuera un instante
la sombra que le eclipsó.
Al muelle ocio entregado
olvida la antigua gloria,
sin recordar su memoria
que puede ser mancillado
tal vez mañana en la historia.
Se olvida de los laureles
que hoy marchitos en su frente,
al navarro y los infieles
supo arrancarles valiente
con sus castellanos fieles.
Y cuando el moro su ruina
intenta, qué hace en Toledo?
Cuando el riésgo se avecina,
tanto valor y denuedo
dó estan? Nadie lo imagina?
Ah! lo sabeis, caballeros.
Los rostros avergonzados
luís, al ver envainados
todavía los aceros,
y vuestros campos talados.
Talados, sí; lo serán
en breve si no tenemos
valor.

Cab. 1.º Nos sobra.

Cab. 2.º Qué hacemos?

Gutierre. Y vos no pensais, Illán,
que á la lid partir debemos?
Nada decís?

Illán. A mi honor
importa servir al rey:
Alfonso tiene valor,
obedecerle es mi ley;
quien así no obre es traidor.

Gutierre. Acaso por mí direis...

Illán. Aunque en la corte he nacido
tampoco el arte he aprendido
del disfraz.

Gutierre. Os atreveis...?

Illán. Yo nunca fuera atrevido
si no me hiciérades vos.

Gutierre. (*Enfurecido.*) Don Esteban!
Illán. (*Con dignidad.*) Caballero!
Gutierre. No falta acero á los dos.
Illán. Pues bien, hablará el acero.

ESCENA II.

LOS MISMOS. UN UGIER. *Despues* ALFONSO.

Ugier. (*Anunciando.*) Su alteza. (*Vase.*)
Caballeros. El rey!
Gut. é Illán. Cielo santo! (*Turbados.*)
Alfonso. Illán, don Gutierre,
aqui en mi palacio
el bruñido acero
empuñabais ambos?
Castigo merece
tan gran desacato.
Las lides se acercan,
guardad para el campo
el fiero denuedo;
mas... no es necesario.
Deponed los brios,
que yo solo basto
á domar del moro
el orgullo insano.
El rey de Castilla
Alfonso el octavo
no duerme, aunque algunos
lo juzguen acaso:
Alfonso desea
el bien del vasallo,
su gloria en él funda,
y no es un tirano.
Illán. y Gut. Perdonad, señor... (*Inclinándose.*)
Alfonso. Quedais perdonados.
Tal vez adivino
lo que ha ocasionado
tan grave reyerta;
mas quiero ignorarlo.
Perdon os concedo;
pero ay! del que ingrato

trueque mis favores
en viles amaños;
pues si hoy generoso
olvido un agravio
siendo el rey, cual sol,
sus ardientes rayos
abrasan las alas
de arrogantes vanos
que á su esfera el vuelo
remontan osados.
Al combate vuela
el rey, castellanos!
Los aprestos hizo
sin haber contado
con la ayuda vuestra...
Tan robustos brazos
no pretende Alfonso
emplear.

Gutierre. Y acaso
al ocio se entreguen
mientra esteis lidiando?

Alfonso. Por tiempo bastante (*Con intencion.*)
gozó del descanso
el mio, y el vuestro
tendreis fatigado.

Cab. 1.° Querrá vuestra alteza
partir y dejarnos?

Cab. 2.° Qué dijera España
y el alarbe?

Alfonso. Hidalgos!
Seguidme el que quiera.

Var. cab. Todos lo anhelamos.

Alfonso. Pues bien, dad las órdenes (*A Illán.*)
al momento.

Illán. Vamos.

Alfonso. Salud, caballeros.
Illán, os aguardo.

ESCENA III.

DON ALFONSO.

Oh! cuánto pesas, corona,

cuyos destellos dorados
empañan graves cuidados:
tu resplandor no te abona;
porque de augusta persona
que ocupa regio dosel
no es el pueblo espejo fiel;
pues en su cristal de aumento
si el rey tiene un vicio, ciento
reverberar hace en él.

El pueblo! mar inconstante
que en contínuo movimiento
si le irrita cualquier viento
le calma cualquier instante.
Aunque colosal gigante
es débil en su abandono,
mas despertando el encono
que recuerda su poder,
pueden sus olas hacer
naufragar monarca y trono.

Me llama á la lid mi honor;
pero tiemble el moro altivo
que ha de arrastrarse cautivo
á las plantas de mi amor.
Raquel es el bien mayor
de cuanto en el mundo quiero,
y sabré si lisonjero
la fuera el reinar despues
para rendirle á sus pies
conquistar el mundo entero.

Del alarbe la osadía
por ella siempre humilhé,
pues angel tutelar fué
que en los combates veía.
Por ella mi fantasía,
gloria, honores, ambicion
soñaba, que es la pasion
de la esperanza en el mar
viento que sabe agitar
las alas del corazon.

ESCENA IV.

DON ALFONSO. ILLÁN.

Illán. Señor, las órdenes dí,
y todo se halla dispuesto.
Alfonso. Voy á partir, don Esteban,
lo exije el bien de mis pueblos;
audaz el moro hácia Alarcos
se dirige con inmensos
escuadrones, bien sabeis
que es formidable su ejército;
mas no importa, Alfonso octavo,
si no le abandona el cielo,
humillará su arrogancia.
Asi verán que aun me acuerdo
de vencer: en Huete, en Cuenca
y en otros varios encuentros
á las lunas africanas
hice rodar por el suelo.
Aun vive Alfonso! Castilla
deberá á su rey de nuevo
su libertad y su gloria;
y si los nobles soberbios,
ingratos á mis favores,
se atreven bajo pretesto
de razon útil de estado
á turbar la paz del reino,
vive Dios! que de mi enojo
han de sentir el efecto.
El rey que en Castilla impera
sabrá cortarles el vuelo.
Illán. Y castigareis, señor,
una prueba del afecto
que os profesan?
Alfonso. Fuera amarme
el dar de traicion ejemplo?
Illán. No es traidor quien librar quiere
á su rey de un cautiverio.
Alfonso. Vos abonais la traicion
tambien?
Illán. De leal me precio.

Ah! señor! si á un fiel vasallo
es permitido algun tiempo,
sin ofender al monarca,
de sus servicios en premio
advertirle, aconsejarle
por el interes del reino,
por su gloria é ilustre fama,
perdonadme si me atrevo
hechura vuestra á deciros
por vos, por él, lo que debo.
Castilla ve con asombro
y en amargo desconsuelo
que su rey, el bravo Alfonso,
el que alcanzó mil trofeos,
hoy en profundo letargo
sumido yace en Toledo,
á los halagos rendido
de una hebrea... el labio sello,
que para pintar la culpa
son los colores muy negros.
Doña Leonor, vuestra esposa,
que os idolatra en estremo,
llora en Burgos retirada
vuestros desdenes y celos.
Qué haceis, señor? Consoladla.
Ah! despertad de ese sueño.
Si es costoso el sacrificio,
grande el agradecimiento
será de Castilla entera:
otra vez un padre tierno
halle en vos: la Europa os mira,
sed grande cual otro tiempo,
y enseñad á los monarcas
de la tierra que es el cetro
un estéril patrimonio
sin el amor de los pueblos.
Ellos su voz os dirigen,
y si no han de tener eco
mis razones en el alma
de vuestra alteza, mi cuello
aqui le teneis, cortadle,
y pague mi atrevimiento.

Alfonso. Absorto estoy de escucharos,
mas hoy generoso quiero
con todos ser. Don Esteban,
á partir voy al momento
en busca del moro; vos
permaneced en Toledo,
y cuando vuelva triunfante
será ocasion de consejos.

ESCENA V.

ILLÁN.

Alfonso! Alfonso! Dios mio!
han sido vanos mis ruegos.
Cómo pudiera apagar
la pasion que arde en su pecho!
Fatal judía! Tambien
la adora el conde don Pedro,
que irritado partió á Burgos
con la reina: mucho temo
su llegada; está en camino
segun noticias que tengo,
y si la encuentra su esposo...
mas no es ella...! Santo cielo...!

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, *cubierto el rostro con un velo y en trage de camino.* ILLÁN.

Illán. Señora! en Toledo vos? (*Con asombro.*)
Leonor. Os sorprende mi venida?
Si en Toledo está mi vida
qué hiciera en Burgos?
Illán. Gran Dios!
Su alteza en este momento
se ha separado de mí
é ignora os hallais aquí.
Leonor. Que no lo sepa es mi intento.
Illán. Es imposible poder
ocultar vuestra llegada.

Leonor. He venido disfrazada
y nadie me llegó á ver.
Don Pedro me ha acompañado
y el secreto guardará.
Illán. Cómo! el conde? Y dónde está?
Leonor. En mi cámara ha quedado.
Finge ser el portador
de un mensage mio.
Illán. Y bien?
Leonor. El rey va á partir tambien,
es vano vuestro temor.
Illán. Como querais, mas qué idea...
Leonor. Oidme: apenas mi esposo
parta á Alarcos presuroso
pretendo ver á la hebrea.
Y pues desterré á su hermano,
que está lejos de Toledo,
hablarla sin temor puedo
de que lo estorbe el villano.
Illán. Estais decidida?
Leonor. Sí:
entre la guerra ó la paz
ha de elegir.
Illán. Sois capaz...?
Leonor. De hacer lo que prometí.
Bastante tiempo he apurado
la amarga copa de hiel,
bastante tiempo Raquel
en mi dolor se ha gozado.
No sufro mas, pues si hoy
se opone altiva á mi intento
tan infame atrevimiento
castigaré por quien soy.
Ella mi vida envenena
robándome el bien que adoro:
por ella mi amargo lloro
corrió en anchurosa vena.
Y la dorada ilusion
que soñó la fantasía
deshizo con mano impía
desgarrando el corazon.
Ay! Illán! cuántos desvelos

me ha costado esa muger!
Cuán horrible padecer
es la pasion de los celos!
Siendo aborrecida amar,
qué martirio hay mas eterno!
Despertar en un infierno
y un paraiso soñar!

Illán. Mitigad vuestro dolor;
quizá el rey reconocido
al ver lo que habeis sufrido
os ame con mas ardor.

Leonor. No alimenta el alma mia
ilusion tan lisonjera;
ah! si Alfonso me quisiera
el placer me mataría.

Illán. No os atormenteis, señora,
y solo pensar debemos
de qué medios nos valdremos
para vuestro objeto ahora.

Leonor. Decís bien: de aqui partamos,
y os descubriré mi plan.
Al rey y á Castilla, Illán,
tal vez salvemos.

Illán. Pues vamos.

MUTACION DE ESCENA.

(*Sala en casa de Raquel: puerta á la derecha, y otra á á la izquierda del actor. En el fondo un balcon.*)

ESCENA VII.

RAQUEL. SARA.

Sara. No llores, tierna amiga;
por qué tanto llorar,
si todo un rey te adora,
un rey el mas galan?
Raquel, enjuga el llanto,
disipa el hondo afan,
que causa á Alfonso enojos
el lloro que al surcar

por tus megillas aja
la flor de tu beldad.

Raquel. Por él, Sara querida,
por él lloro no mas;
si Alfonso me olvidara
feliz fuera quizás,
mi pena devorando
en triste soledad.
Cómo no amarle, Sara,
siendo tan dulce amar!
Gran Dios! el amor mio
amor es criminal.
Pero si osado crece
el fuego que voraz
mi corazon abrasa,
cómo le he de apagar?
Quién combatir pudiera
esta pasion fatal!
Pero si no es posible,
llorad, ojos, llorad.

Sara. Siempre agitada y triste!

Raquel. Nací para penar.
Desde el horrible dia
que fuí á despertar
de mi dorado ensueño
á un alcázar real,
el tierno hermano mio
ignoro dónde está.
Si verle no es posible,
llorad, ojos, llorad.

Sara. No dijo don Alfonso
que presto volverá?
Si aun no le ha perdonado
será por no irritar
á la reina, que fiera
mandóle desterrar.

Raquel. Yo soy de su destierro
la causa, nadie mas:
temió el rey que mi hermano
á nuestro amor fatal
altivo se opondria...

Sara. Pudiera ser capaz

el noble don Alfonso...
pero héle aqui...

(*Sara se retira al ver á don Alfonso, que sale por la puerta de la derecha completamente armado.*)

Raquel. Te vas?

Sara. Son amorosas cuitas
estrañas á mi edad.

ESCENA VIII.

RAQUEL. DON ALFONSO.

Raquel. Alfonso!

Alfonso. Mi Raquel! siempre llorosa!
si tierno afan tu corazon agita,
por calmarle á tu lado Alfonso vuela
embriagado de amor y de ilusiones:
desecha, hermosa mia,
el amargo pesar, brille en tu rostro
la plácida alegría,
leve asomando á tus purpúreos labios
sonrisa encantadora
que hace latir el pecho que te adora.

Raquel. Reir, gozar, Alfonso! En vano intento
de la agitada, inquieta fantasía
borrar el negro, horrible pensamiento
que me persigue cual la sombra mia.
Por qué insensata te creí? Dios mio!
Ah! yo miré entre juegos infantiles
deslizarse una edad pura, inocente
como la tierna flor que en los pensiles
no ha sentido del sol el rayo ardiente.
Pero te vi, y al punto de mi pecho
despareció la hermosa y dulce calma,
y al escuchar tu acento en su delirio
la copa del amor apuró el alma.
Dorado vaso en cuyo borde hay flores,
y su matiz al corazon fascina,
que en el fondo contiene mil dolores,
y es cada hoja punzadora espina.

Alfonso. Ah! cesa por piedad. Ingrata, acaso
olvidarme pretendes?

Raquel. Olvidarte!
Pluguiera al cielo que arrancar del alma
tu imagen consiguiera; pero en vano,
en vano lucho con mi intento, Alfonso,
ella es la sombra de mi mente inquieta,
y separar los dos es imposible
porque un brazo de hierro las sujeta.
Pero lejos de tí sabré mi pena
devorar en silencio... de Castilla
huir me ordenan tu deber y el mio,
rey eres, obra como rey. Tu esposa
vuelva á Toledo, el mísero judío
desterrado otra vez llore su afrenta;
solo te ruego que al hermano mio
perdones hoy, y en apartados climas
al justo Dios con súplica ferviente
le pediré que de Castilla amado,
y añadiendo laureles á tu frente,
eternice la fama tu reinado.

Alfonso. En desgarrar mi pecho te complaces;
si tú me abandonaras qué sería
la gloria para mí? El trono acaso
con su encantada pompa llenaría
el profundo vacío que en el alma
dejara la pasion que me alimenta?
No lo creas, Raquel. Siempre cercados
los que á reinar sobre la tierra nacen
de afanosos cuidados,
aduladores solo los rodean,
y un corazon amante en cuyo seno
depositen su afan buscan en vano.
Yo necesito amar, Raquel hermosa!
En medio del estruendo del combate,
en la noche tranquila y silenciosa
do quier soñaba amor mi fantasía,
mas no ese amor que la razon de estado,
tirana de los reyes,
del porvenir atando á la cadena
su libre voluntad, con férreas leyes
convierte en yugo: abrasador, sublime
naciera el mio, y cuando un "yo te adoro"
de tus labios resbala, en raudo vuelo

el alma que se mece en sueños de oro
sube flotando al pabellon del cielo.

Raquel. Eres mi rey!

Alfonso. Si único dueño fuera
del ancho mundo, y de la ardiente zona,
á tus plantas, hermosa, los rindiera,
rayos del sol ornando tu corona.
Parto á la lid.

Raquel. Mi corazon predice
un suceso fatal; horrible ensueño
turbó esta noche su apacible calma.

Alfonso. Desecha tu temor, querido dueño.

Raquel. Desecharle! imposible! yo soñaba
que vencidas tus huestes por el moro
las ciudades y villas saqueaba,
do quier la muerte y destruccion sembrando;
vi de los templos de tu Dios alzarse
pirámides de fuego devorando
un mar de rojas llamas sus altares;
llena de horror y espanto
vi de Castilla yermos los hogares,
y de inocentes víctimas, Alfonso,
el lúgubre gemido
que cobardes las auras repetian
estremeciendo el pecho hirió el oido.
Entonces en mi alma tu honda pena
depositar quisiste y presuroso
á mi lado volvias; mas fué en vano,
no pudiste acercarte donde estaba
trémulo el corazon que te amó insano,
de sangre un ancho mar nos separaba.

Alfonso. Fantasma vano de la inquieta mente
tu ensueño ha sido. A Dios! partir me ordena
un sagrado deber, Raquel querida!

Raquel. Por piedad! por piedad guarda tu vida.

ESCENA IX.

RAQUEL, *despues de una breve pausa.*

Por qué, Dios mio, al nacer
me dísteis una alma ardiente

si en un corazon que siente
jamas se abriga el placer!
Si me quisísteis hacer
juguete de una pasion,
por qué mágica ilusion
me adormeció en un instante,
si ya sufria bastante
teniendo aquel corazon!

ESCENA X.

RAQUEL. SARA.

Sara. Se ausentó ya don Alfonso?
Raquel. Sí, se aleja de Toledo
para lidiar con el moro.
Cierra la puerta al momento.
Sara. Oigo pasos. Será él?
Raquel. Quizá vuelva.
Sara. Mas qué veo!

ESCENA XI.

DOÑA LEONOR, *recatando el rostro con un velo*, é ILLÁN.

Illán. Callad. (*A Sara.*)
Raquel. Dios mio!
Leonor. Llevadla, (*Bajo á Illán.*)
y hasta que yo llame...
Illán. Entiendo. (*Idem.*)
Venid conmigo. (*A Sara.*)
Sara. Y adónde...
Illán. No temais: soy caballero.
(*Illán se lleva á Sara por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII.

DOÑA LEONOR. RAQUEL.

Raquel Sara...! Sara! Santo Dios!
Qué miro! Una dama aqui?
solas estamos las dos

y el rostro ocultais de mí?

Leonor. (*Descubriéndose.*)
Me conoces?

Raquel. (*Aterrada.*) Ah! sois vos?

Leonor. La reina soy. Te estremece
ver en tu presencia ahora
á la que el rey aborrece
por amarte á tí?

Raquel. Señora...
(El corazon desfallece.)

Leonor. Mírame: yo soy Leonor,
que un tiempo de Alfonso amada
era mi gloria su amor,
y ahora gimo despreciada
devorando mi dolor.
Eres tú de mi honda pena
y mis amargos desvelos
la causa?

Raquel. (Divinos cielos!)

Leonor. Eres tú la que envenena
mi corazon con los celos?
Sí, tú eres; lo pregona
la inquietud que en este instante
se retrata en tu semblante:
y tan humilde persona
es á mis celos bastante?
Ignoras que de Inglaterra
soy infanta, que se humilla
por ser reina de Castilla
el magnate de la tierra
doblándome la rodilla?
Y conmigo á competir
te atreves? Tú mi rival!
Ignoras lo que es sufrir?
Pues bien...

Raquel. Qué quereis decir?

Leonor. Que lo sabrás por tu mal.

Raquel. Ah! Señora! En vano fuera,
si la suerte lo previno,
que débil muger quisiera
hoy oponerme altanera
al decreto del destino.

Siendo niña concebia
un mágico porvenir
la inocente fantasía;
pero entonces confundia
el soñar con el vivir.
Soñaba dulce pasion
de placer el alma hinchendo,
y encantadora ilusion
sus alas de oro batiendo
arrullaba el corazon.
Entonces, señora, vi
á vuestro esposo, y le amé...
ofenderos no creí,
pues libre su amor juzgué
y yo la ofendida fuí.
Si vos habeis padecido,
yo padezco mas, señora,
pues vos llorais un olvido,
y yo cuando mas me adora
lloro el haberle querido.
La fortuna en caso igual
nos coloca, mas con vos
no es tan tirana, gran Dios!
porque si sentís un mal,
yo tengo que sentir dos.
Vos que os veis aborrecida,
siendo mañana querida
dichosa fuerais; y yo
que soy amada, ya no
lo puedo ser en mi vida.

Leonor. Bien dices; pues yo sabré
vengar los horribles celos
que en el alma devoré.
Bastante tiempo lloré
sus afanosos desvelos.
Ya sufrí tiempo bastante
el rigor de esquiva estrella,
y nadie oyó mi querella
al dejar en mi semblante
el negro dolor su huella.
Entonces dorados, bellos
eran tus sueños, los mios

eran horribles, sombríos,
tú bebiendo amor en ellos,
y yo tormentos impíos.
No mas padecer: hoy quiero
mitigar mi dolor fiero
destruyendo tu esperanza.

Raquel. Ah! Ya está vuestra venganza
satisfecha.

Leonor. Asi lo espero.
Sígueme.

Raquel. Cómo, señora!
qué intentais?

Leonor. Conmigo ven:
separarte será bien
del que criminal te adora.

Raquel. Tambien Raquel lo desea;
pero en vano al rey aqui
se lo supliqué.

Leonor. Qué oi!
De verle acabas, hebrea?

Raquel. (Siempre traidora ha de ser
la lengua.) Mentir no intento.
Es verdad.

Leonor. Atroz tormento!
Tú no puedes comprender
cuánto por tu causa siento.
Le has visto? Destino impío!
y por calmar tu dolor,
con ardiente desvarío
te hablaria de su amor,
amor que debe ser mio?
Basta ya: vamos, judía.

Raquel. Santo Dios! Adónde?

(*Samuel aparece en el balcon con Roboan. Aquel entra con mucha precaucion y cierra sin ser visto la puerta por donde salió Illán.*)

Leonor. Luego
lo sabrás: ven.

Raquel. Yo queria
pediros...

Leonor. Vano es tu ruego.
Llamaré á Illán. Ya eres mia.

ESCENA XIII.

LAS MISMAS. SAMUEL. ROBOAN, *oculto en el balcon.* DOÑA LEONOR *se dirige á la puerta de la izquierda, y queda asombrada al ver á* SAMUEL.

Samuel. Aun no es vuestra, reina...
Raquel. Gran Dios!
Leonor. Quién se atreve...
Raquel. Mi hermano! (*Se arroja en sus brazos.*)
Leonor. Su hermano!
Samuel. El mismo. Os sorprende?
Me habeis desterrado;
pero hoy aunque os pese
Samuel el judío
á Toledo vuelve.
De vuestros espías,
señora, burléme;
y aunque recatabais
el rostro prudente,
logré conoceros
y os seguí.
Leonor. Pretendes...
Samuel. No lo adivinais?
lo estraño. (*Con ironía.*)
Raquel. (Imprudente!)
Samuel. Todo lo he oido,
y á defender viene
Samuel á su hermana
contra los que aleves
de su lado ahora
arrancarla intenten.
Leonor. Lo dices acaso
por mí?
Samuel. Cabalmente.
Lo acertásteis.
Raquel. (Cielos!)
Leonor. Miserable! Quieres
á mi poderío
altivo oponerte?
Samuel. Quién puede estorbarlo?
Leonor. La reina, insolente.

Samuel. La reina? eh?
Leonor. Yo misma.
Judío, obedece.
Samuel. Os ciega el orgullo.
Ved que es diferente
mandar en palacio
á esclavos imbéciles,
que aqui, en este sitio
á un hombre que tiene
dignidad, y nunca
que la ajen consiente.
Leonor. Provocas mi ira?
Samuel. Samuel no la teme.
Raquel. Perdonad, señora.
Me ama tanto!
Leonor. Tiemble
de mi justa cólera.
Sígueme. (*A Raquel.*)
Samuel. Detente. (*Idem.*)
A mí solo toca
mandarte.
Leonor. No adviertes (*Furiosa.*)
que en mi poder te hallas?
Samuel. Hablais formalmente?
Siendo esta mi casa
mas propio parece
que ahora en el mio
su alteza se encuentre.
Leonor. Insensato!
Raquel. Calla! (*A Samuel suplicándole.*)
Samuel. En estas paredes
veis algo que vuestro
poder os revele?
Ni regia corona
os ciñe la frente,
ni de cortesanos
la turba os defiende;
solo veis á un hombre,
y siendo él mas fuerte
razon es que mande
á vos la mas débil.
Leonor. Qué dices? (*Irritada.*)

Samuel. Calmaos.
Leonor. Y piensas valerte...
Samuel. Del mismo derecho
de todos los reyes;
esto es, de la fuerza.
Leonor. Tú mismo te pierdes.
Raquel. (Dios mio! valednos.)
(*Doña Leonor se dirige á la puerta por donde salió Illán.*)
Samuel. En vano es que intente
su alteza al hidalgo
llamar, porque tiene
esta puerta llave;
y la llave... (*Mostrándosela.*)
Leonor. Aleve!
Samuel. Miradla en mi mano.
Leonor. Pues bien; con tu muerte
tan loca osadía
castigaré.
Samuel. Viene
Samuel prevenido
para defenderse.
Mirad.
(*Señalando á Roboan, que se deja ver en el balcon.*)
Leonor. Y no sabes
que si llamo gente
en mi ayuda...
Samuel. Acaso
fuera conveniente
al regio decoro
que á esta hora os encuentren
en mi casa?
Leonor. Oh furia!
Samuel. Señora, creedme.
A los dos importa
el secreto.
Leonor. Y quieres...
Samuel. Huir de Castilla,
huir para siempre
con mi hermana.
Leonor. Es cierto?
Samuel. A mi honor conviene

mas que al vuestro, reina,
y él os lo promete.

Leonor. (*Despues de un momento de reflexion.*)
Parte pues.

Raquel. (Alfonso!
y debo perderte!)

Samuel. Vamos, Roboan,
prevenidos tienes
los caballos?

Roboan. (*Saliendo.*) Sí.

Samuel. Tomad, y conserve (*La entrega la llave.*)
vuestra vida el cielo.

Leonor. Por vos tambien vele. (*con ironia.*)

(*Al salir los judios abre la puerta de la izquierda, y mirándolos con desden esclama :*)

Oh! á mi venganza
te entregas, imbécil.

FIN DE LA JORNADA TERCERA.

Jornada cuarta.

Torre de San Roman.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DON PEDRO. ILLÁN.

Conde. Qué nuevas corren, Illán?
Illán. Fatales, don Pedro, son.
Alfonso fué derrotado.
Conde. Cómo! El alarbe venció?
Illán. Y Alarcos en su poder
se encuentra.
Conde. Oh mengua! oh baldon!
Illán. En vano el rey don Alfonso
como un valiente lidió;
de las huestes agarenas
era el número mayor,
y suya fué la victoria.
Conde. Y el pueblo ha sabido...
Illán. Aun no.
La vuelta del rey aguardo.
Y Samuel?
Conde. En la prision.
Illán. En las fronteras del moro
fué aprehendido por traidor,
y á vuestra custodia, conde,
la reina le encomendó.

No dudo que cumplireis...

Conde. Con lo que manda el honor.

Illán. Los aprestos que hizo el rey
revelar imaginó
al alarbe.

Conde. Y quién afirma
que fuera tal su intencion?

Illán. No me toca averiguarlo.
Don Pedro, al alcázar voy;
en vuestro poder se halla
Raquel, y doña Leonor
está celosa.

Conde. Comprendo.
La venganza es su ilusion;
pero mientras de esta torre
yo sea gobernador
decidla que he de oponerme
á cualquier villana accion.

Illán. Sospechais...?

Conde. Nada sospecho.

Illán. El cielo os guarde.

Conde. Y á vos.

ESCENA II.

EL CONDE.

Infeliz patria! Vencido
don Alfonso! Justo Dios!
Cómo contener pudiera
del pueblo la indignacion,
y evitar que á la judía
sacrifique su furor?
Oh! no: debo libertarla,
que aunque á mi tierna pasion
se muestra ingrata, soy noble,
y no mancillan su honor
con una venganza infame
caballeros como yo.
Ella sale; ocultaréla
que el moro fué vencedor.

ESCENA III.

RAQUEL. DON PEDRO.

Raquel. (Aqui don Pedro: Dios mio!
Sola con él.)
Pedro. No os asombre
mi presencia, que si esquivos
me miraron vuestros soles,
y entre nubes de desdenes
siempre vi sus resplandores,
no creais que por vengarme
de sus crueles arpones
pretendí que me nombrara
gobernador de esta torre
la reina, porque no cabe
la venganza en pecho noble.
Señora, un tiempo os amé
con loco delirio; entonces
soñaba mi fantasía
lisonjeras ilusiones,
y á la plácida esperanza
mi corazon entregóse.
Mas ay! cuán en vano fueron
esperanzas é ilusiones,
si al soplo de un desengaño
se marchitaron veloces.
Raquel. Por qué os gozais, caballero,
en mis tormentos atroces,
recordándome los dias
de mis felices amores!
Y cuando lucha mi mente
para que de ella se borre
esa memoria funesta
venis á encenderla, conde?
Pedro. Tanto le amais?
Raquel. Oh! mi sangre
diera por él.
Pedro. Pobre jóven!
Raquel. Decís bien: soy desgraciada,
mi estrella asi lo dispone.
Quién me diria algun tiempo

que encerrada en una torre
do á mis sentidas querellas
el eco solo responde,
espiara mi delito...
mal dijo la lengua torpe,
que para amar ha formado
el cielo los corazones;
y yo por amar le ofendo,
hay crueldad mas enorme!
que en los demas no le agravie
y en mí su enojo provoque...!

Pedro. Ah! no lloreis, que ese llanto
que por vuestro rostro corre
abrasa mi corazon.
Por qué ingrata á mis favores
pagásteis con esquiveces
mis finezas y atenciones?
Por qué, Raquel, no me amásteis,
y hubiera rendido entonces
á vuestras plantas mis timbres,
mis riquezas, mis honores,
y ceñido vuestras sienes
con mi corona de conde?
Pero para un rey fué cera
la que para mí fué bronce.

Raquel. Injusto, don Pedro, sois,
que él ocultóme su nombre,
y cuando le descubrí
fué tarde para razones.
Que no fascinan mi alma
los destellos brilladores
de la púrpura y corona,
ni de un rey los ricos dones,
pues aunque nací pleveya
mis pensamientos son nobles.
Mal haya en muger que vende
por los falsos resplandores
de un brillo que la deslumbra
del alma los puros goces.
Su amor solo ambicionaba,
juzguéle hidalgo, mas pobre,
y mis riquezas con él

partir intentaba dócil
al impulso de ese amor
que era mi mágico norte.
Dulce amor, dulce esperanza,
que en sueños encantadores
henchíais mi corazon
de sublimes sensaciones,
ya para siempre habeis muerto...!
Dejad, don Pedro, que llore
por última vez al menos
unos recuerdos traidores.

Pedro. Llorad, Raquel, y en el seno
de un amigo desahogue
vuestro pecho su dolor;
en vano intentara torpe
borrar la imagen querida
que en él con fuego esculpióse.
Pero contad con mi ayuda
para salir de esta torre,
que asi cumplo con el rey
de vasallo obligaciones,
y con el amor que os tuve,
que amor y deber lo imponen.

Raquel. Y mi hermano?

Pedro. Irá con vos.
Yo romperé sus prisiones.

Raquel. Ah! qué decís? Es posible?

Pedro. Mirad si os amaba el hombre
que desdeñado y celoso
su vida por vos espone.

ESCENA IV.

RAQUEL.

Cuánta generosidad!
Mas qué me importa ese don
que le debo á su amistad,
si aunque me dé libertad
gime esclavo el corazon!
En mi delirio inocente
soñé un porvenir risueño
que me halagó dulcemente;

mas ay! que huyó de repente
al despertar de aquel sueño.
Qué importa que libre viva,
si al salir de esta prision
quiere la fortuna esquiva
que en grillos de una pasion
el alma deje cautiva!
Alfonso! Y he de perderte,
y no has de enjugar mi lloro?
Si así lo quiere la suerte,
aun en brazos de la muerte
sabré decir que te adoro.
La llama apagar pretendo
que devora al alma mia,
y cada vez mas la enciendo,
porque siempre te estoy viendo
en mi loca fantasía.
Por ser mi pueblo judío
el tuyo me ha despreciado...
Cómo dice el vulgo impío,
si mi fé te he consagrado,
que no es tu Dios el Dios mio?
Ó juzga acaso en su encono
que la púrpura ambiciono?
Oh! me inspira compasion;
que quiero tu corazon,
pero desprecio tu trono.
Pues es tanto lo que siento,
que quiso negra fortuna
para aumentar mi tormento,
que fuera humilde mi cuna
y altivo mi pensamiento.
No tema doña Leonor
que del cetro el resplandor
consiga ofuscar mi mente,
porque amor el alma siente,
y es mas poderoso amor.
Si tan augusta persona
solo el reinar ambiciona,
que brille en su altiva sien
de Castilla la corona;
mas no me robe á mi bien.

Pero ay! mi tierna pasion
fatal desengaño alcanza;
llora, pobre corazon,
que ya murió tu ilusion
en brazos de la esperanza.
Llorad, ojos, sin cesar,
pues perdí la dulce calma,
á ver si tanto llorar
consigue al fin apagar
la hoguera que arde en el alma.

ESCENA V.

RAQUEL. SAMUEL.

Samuel. Raquel, te ruega tu hermano
que mitigues el dolor,
y no con fiero rigor
aumentes el mio.

Raquel. En vano
quiero arrancarle, Samuel,
del pecho; no puedo, no:
es una planta que echó
hondas raices en él.
Ah! no me bastó insensata
labrar la desgracia mia,
sino que tambien debia
la tuya causar, ingrata!
Maldigo el amor fatal
que mi pecho ha destrozado,
y tu vida ha envenenado,
mi mal causando y tu mal.
Huyó el plácido sosiego
del alma soñando amores,
y encendieron mis dolores
las llamas de tanto fuego.

Samuel. Me atormentas sin piedad
con recuerdo tan cruel.

Raquel. Perdon te pido, Samuel:
me perdonas, no es verdad?
Si acaso te has ofendido
de mi ciego frenesí

le sepultaré por tí
en la sima del olvido.
Oh! cuán dichosa sería
si tu libertad lograra,
pues solo me consagrara
á tu dicha y á la mia.
Olvidando nuestras penas,
tal vez entonces las horas
de afanes hoy portadoras
se deslizaran serenas.
Mi mente soñó tambien
un bello porvenir cuando
nos ibamos alejando
de Castilla.

Samuel. Dices bien.
Mas ay! que fué, hermana mia,
terrible la noche aquella
en que ni una sola estrella
allá en el cenit lucía.
Noche en que tocar soñé
mi deseada ilusion,
y en horrorosa prision
al despertar me encontré.
Al fin se logró vengar
la reina.

Raquel. Puedes creer...

Samuel. Ella nos mandó prender;
quién nos pudiera salvar?

Raquel. Antiguo resentimiento
generoso el conde olvida,
y la libertad querida
darnos ofreció al momento.

Samuel. Es posible! Juzgué mal,
creyéndole vengativo;
mas desde que estoy cautivo
no he visto nobleza igual.
Pero el conde llega, vé
con Sara. Te aguardo aqui.

Raquel. (Amor fatal! Ay de mí!
Nunca olvidarle podré.)

ESCENA VI.

SAMUEL. DON PEDRO.

Pedro. (Demasiado cierta fué
la noticia.)
Samuel. Os esperaba;
pero en vuestro rostro miro
de agitacion muestras claras.
Qué ha sucedido?
Pedro. Oh! afrenta!
ganó el moro la batalla,
y despues de haber rendido
á Alarcos, triunfante marcha
hácia Toledo, sembrando
la muerte do quier su saña.
Samuel. Dios de Jacob! es posible?
Pedro. No es tiempo de ocultar nada.
El pueblo supersticioso,
atribuyendo la causa
de su derrota á un castigo
que de los cielos emana
por los amores del rey
con una judía, trata...
Samuel. Proseguid.
Pedro. Verter su sangre,
creyendo lavar su infamia.
Samuel. Matar á Raquel! qué escucho!
Pedro. A las puertas del alcázar
se agrupa la plebe y pide
con voces descompasadas
su cabeza.
Samuel. Qué horror! conde,
y no pudierais salvarla?
La dejareis perecer
sin compasion?
Pedro. Intentaba
libertaros, mas no es tiempo;
de Toledo estan cerradas
las puertas.
Samuel. Salvad á ella,
aunque muera yo.

Pedro. No alcanza
mi poder á tanto; solo
el gobernador lograra
con la reina... pero él viene;
arrojaos á sus plantas,
y compasivo tal vez
se interese en vuestra causa.

Samuel. Dios mio! no abandoneis
á una jóven desgraciada!

ESCENA VII.

SAMUEL. DON ESTEBAN ILLÁN.

Illán. Dónde está Raquel?

Samuel. Señor...

Illán. Dónde se halla la judía
vuestra hermana?

Samuel. (Qué diria?)

Illán. La espera el gobernador
de Toledo.

Samuel. (Hermana mia!)

Illán. No lo oís? La quiero ver.
Llamadla.

Samuel. Ah! por piedad!
No aumenteis su padecer.

Illán. Qué habeis dicho?

Samuel. Perdonad
si os he podido ofender.
Todo, todo lo he sabido
pero la infeliz lo ignora;
y que la oculteis os pido
la nueva fatal que ahora
de Alarcos se ha recibido.
Compadecedla, señor,
os lo suplica un hermano,
su único protector;
pudierais ser tan tirano
que os goceis en su dolor?

Illán. Bien lo merece, judío.
Castilla, mi patria amada,
por su ciego desvarío

hoy se mira deshonrada,
y ajado su poderío.
Hoy ve eclipsadas sus glorias
el noble rey que debia
ser eterno en las historias.
Tantos años de victorias
se perdieron en un dia!
Hoy el nombre que heredamos,
y fué de nuestros mayores
el orgullo, mancillamos,
y tal afrenta alcanzamos
por unos locos amores.
Y todavía á implorar
te atreves mi compasion?
Llámala.

Samuel. Perdon! perdon!
Vinisteis á desgarrar
su afligido corazon?
Vos en quien fundado habia
mi esperanza...

Illán. Tu esperanza?
Sabes cuál es?

Samuel. Y tendría
la baja plebe osadía...

Illán. Sí, la anima la venganza.
Todos por saciar su encono
se afanan con placer fiero,
el hidalgo, el caballero,
desde las gradas del trono
hasta el último pechero.

Samuel. Y no la defendereis
de su cólera terrible?

Illán. Defenderla? Es imposible.
Que yo me oponga quereis
á todos?

Samuel. Idea horrible!

Illán. Y aunque en mi mano estuviera
el libertarla, quizá
creido habeis que lo hiciera?
Morir á la patria viera
é insultarla despues?

Samuel. Ah!

Illán. No escuchais vos el gemido
de valientes castellanos
que al sepulcro han descendido?
Venganza! Venganza, hermanos!
dice el eco dolorido.
Nobles víctimas, vengada
será vuestra sangre: yo
os lo juro.

Samuel. Desgraciada!
Y ella ha de ser inmolada?
Mi pobre Raquel? Ah! no:
en su defensa morir
sabré primero. Inhumanos!
No apagareis su vivir,
contra todos sus tiranos
basto yo.

Illán. Qué osas decir?
Y acaso la salvarán
tus esfuerzos?

Samuel. No podrán
desasirla de mis brazos
si arrancándome no van
el corazon á pedazos.
Es mi hermana... dije mal;
pero qué importa naciera
de una pasion criminal,
si una madre á los dos diera
esta existencia fatal?
Al ver que desde la cuna
la persigue la fortuna
la adoro con mas delirio,
sin ella no hay dicha alguna
que disipe mi martirio.
Cuento, señor, veinte años
que sus caricias han hecho
las huellas de graves daños
que causan los desengaños
desaparecer del pecho.
Ah! si mi madre viviera
y á su infeliz hija viera
por amar cual ella amó
en tan triste estado, oh!

la pobre Judí muriera.

Illán. Judí! Qué nombre! Judío,
en dónde y cómo tu madre
murió?

Samuel. En Cuenca.

Illán. (*Conmovido profundamente.*)
Dios mio!
Amaba á otro, y tu padre
vengó el culpable estravío...

Samuel. Cómo sabeis...?

Illán. Dónde está? (*Arrebatado.*)
Quiero verla...!

Samuel. Santo Dios!
Qué sospecha! Si será..

Illán. Mi hija! La encontré ya.

ESCENA VIII.

DICHOS. RAQUEL. SARA. ILLÁN *se arroja en los brazos de aquella.*

Illán. Hija del alma!

Raquel. Ah! sois vos?

Illán. Sí, tu padre que te adora.

Raquel. Será cierto lo que Sara
de mi infeliz madre ahora
me dijo?

Samuel. Quién lo dudara!

Raquel. Padre mio!

Sara. Samuel llora?

Samuel. Dejad que lágrima ardiente
vierta por la vez primera.
Madre mia! Sé clemente:
hoy mi venganza cayera
sobre tu hija inocente.

Illán. Cómo á la muerte temer,
si no me mata el placer
que al verme en tus brazos siento!
Borra tan feliz momento
veinte años de padecer.

Raquel. En vos mi hermano adorado
halle al padre que perdió.

Illán. Al que tierno te ha criado
qué puedo negarle yo,
yo que su ruina he labrado?
Raquel. Feliz me haceis.
Illán: Hija mia!
Sara. No escuchais?
(*Se oyen voces confusas del pueblo.*)
Samuel. Dios de Israel!
Esa ronca gritería...
Illán. Qué recuerdo! Horrible dia!
Ya vendrán por mi Raquel.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. DON PEDRO.

Pedro. Qué determinais? El pueblo
amotinado pretende
entrar en la torre.
Todos. Cielos!
Pedro. En vano por contenerle
hice esfuerzos: me insultaron
apellidándome aleve
traidor, porque me oponia
á sus intentos crueles.
Voy á poner dobles guardias.
Illán. Á vos decidir compete
lo que debemos hacer
en un caso tan urgente.

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* DON PEDRO.

Raquel. Me quieren asesinar.
Sara. Raquel!
Samuel. No decidís nada? (*A Illán.*)
Raquel. Padre mio!
Illán. Hija adorada!
Yo no te puedo salvar.
Samuel. Qué decís?
Illán. Contra el furor

de todo un pueblo que intenta
lavar con sangre su afrenta,
cómo oponerme?

Todos. Qué horror!

Illán. La reina, Castilla entera
de traidor me tacharía,
y mi deshonra veria
apenas el rey volviera.
Sí, mi deshonra, y tambien
la de mi patria.

Samuel. Gran Dios!
Quién debe ser para vos
mas que vuestra hija, quién?

Raquel. Padre!

Illán. No me nombres ya.
Si lo supieran...

Samuel. Qué haceis?
Juráisme la salvareis?

Illán. Salvarla... imposible!

Raquel. Ah!

Samuel. Y la dejará morir,
siendo tan jóven y hermosa,
su padre?

Illán. Idea horrorosa!

Samuel. Lo pudierais consentir?
Hoy que la habeis encontrado,
hoy que de gozo embriagada
soñaba la desgraciada
ser feliz á vuestro lado,
y perderla...!

Illán. Por piedad!

Samuel. Y para siempre...!

Illán. (*Profundamente conmovido.*)
Gran Dios!

Samuel. No es un dia, no son dos,
es toda una eternidad.

Illán. Calla...! Terrible suplicio!

Samuel. Dudais aun?

Illán. Cielo santo!

Samuel. No veis cuál la abrasa el llanto?

Illán. Es muy grande el sacrificio.
Perdon, oh patria! perdon!

Si hacerme padre á Dios plugo,
cómo he de ser el verdugo
de mi mismo corazon!

ESCENA XI.

DICHOS. LA REINA DOÑA LEONOR.

Raquel. La reina!
Leonor. Sí, tu señora,
tu reina soy.
Illán. Por piedad!
Compadecedla, es mi hija.
Leonor. Qué escucho!
Illán. Os conté ya
la historia de mis amores
en la juvenil edad;
pues bien, el fruto de aquellos
hoy le acabo de encontrar;
miradla aqui, soy su padre;
si vengaros anhelais
os ofrezco mi cabeza;
pero á Raquel perdonad.
Leonor. Qué decis!
Illán. Sed generosa.
Leonor. Y con quién? Con mi rival!
La hora de la venganza
se acerca; alterado está
el pueblo, y pide su muerte;
yo no la debo librar
de la justicia de Dios.
Samuel. Justicia de Dios llamais
á tan horrible atentado?
Leonor. Tú tambien osas hablar
á la reina de Castilla?
Tú que tambien morirás
por traidor en un suplicio...?
Raquel. Morir él? Dios de bondad!
Señora, si ha decretado
ese destino fatal,
que desde la humilde cuna

me persigue sin cesar,
que pise siendo tan jóven
de mi sepulcro el umbral,
contenta sabré morir,
vengan mis verdugos ya.
No temo, no, que en mi pecho
claven su agudo puñal,
que harto tiempo la honda pena
destrozando mi alma está,
y si el amor es delito
confieso soy criminal;
pero salvad á mi hermano,
perdonadle por piedad,
y no incurra en vuestro enojo
mi pobre padre jamas.
Muera yo sola, pues soy
origen de tanto mal,
y á vuestras plantas os ruego
perdoneis á los demas.
(*Se oyen las voces mas cerca.*)

Samuel. Qué rumor...!

Illán. Cielos!

Leonor. Don Pedro.

ESCENA XII.

DICHOS. DON PEDRO.

Pedro. Ha logrado penetrar
en la torre don Gutierre
seguido de algunos mas,
y á este sitio se dirige.

Illán. Por Dios! Señora...! (*Bajo á doña Leonor.*)

Leonor. Callad. (*Idem.*)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. DON GUTIERRE. VARIOS CABALLEROS.

Caballeros. Muera Raquel!

(*Al dirigirse contra esta con los aceros desnudos los detiene la reina.*)

Leonor. Caballeros!
Gutierre. La reina! (*Asombrado al verla.*)
Leonor. Qué vais á hacer?
Contra una débil muger
desenvainais los aceros?
Otra vez los envainad,
no ensangrenteis vuestras manos,
porque en pechos castellanos
nunca cupo tal maldad.
Gutierre. Muda ha quedado mi boca
al ver que mandais...
Raquel. Gran Dios!
Leonor. Pues bien, lo mando, y á vos
tan solo obedecer toca.
Gutierre. Y quién al pueblo irritado
podrá contener, señora?
Leonor. Yo misma: seguidme ahora,
y veréisle apaciguado.
Illán. Oh! vos... (*Bajo á la reina.*)
Leonor. Sí; cumplo un deber, (*Idem.*)
Illán, de agradecimiento;
soy reina en este momento
y olvido que soy muger.
(*Vase seguida de los nobles.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *menos* LA REINA *y* LOS NOBLES.

Illán. Siempre generosa y tierna
fué su alteza, hija querida.
Raquel. Pues ella salva mi vida,
mi gratitud será eterna.
Samuel. Ahora es fuerza pensar
en ir á un reino lejano,
pues si vuelve Alfonso es llano
que ha de quererlo estorbar.
Illán. Eso no, porque primero
que mancillase mi honor

mataría en mi furor
á Raquel. Soy caballero.

ESCENA XV.

LOS MISMOS. DON ALFONSO, *armado.* DON PEDRO.

Raquel. Qué miro! Alfonso...!
Samuel. El rey!
(*Sorpresa general.*)
Illán. Fatal instante!
Alfonso. Os sorprendeis al verme?
Illán. No me atrevo...
Señor, sabed...
Alfonso. Todo lo sé, y Alfonso
hoy á ser grande empieza; seguir debo
el ejemplo sublime de mi esposa.
(Qué sacrificio...! Ah...!) Raquel... (*Conmovido.*)
Raquel. (Dios mio...!)
Alfonso. Surca las olas de los anchos mares,
y huye lejos de mí: destino impío
nos separa cruel... ya que te pierdo
á lo menos consagra á mi memoria
en tus doradas horas un recuerdo.
Parte, Samuel, con ella, y sé dichoso.
A Dios...! (*Con violenta agitacion.*)
Raquel. A Dios...! (*Idem.*)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS. DOÑA LEONOR. NOBLES.

Leonor. Alfonso...!
Alfonso. Y vos, señora,
á los brazos volved de vuestro esposo.
(*Mirando á Raquel, que conduce su hermano.*)
Raquel. (*Apoyándose en él.*)
No puedo mas, Samuel.
Illán. (*Bajo á Samuel.*) Os la confio.
Samuel. No temais, que si el ser vos la habeis dado,

yo la adoro con loco desvarío,
y eternamente viviré á su lado.
Amaba al rey, mas su virtud la abona;
de su patria se aleja sin mancilla,
que el brillo despreció de una corona.
A Dios por siempre, á Dios, sol de Castilla!
(*Cae el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 011 482 A